Nisa Arce

Fede y Federico



COLECCIÓN
ARCOIRIS

Fede y Federico

Colección Arcoíris

Nisa Arce



Créditos

El contenido de esta obra es ficción. Aunque contenga referencias a hechos históricos y lugares existentes, los nombres, personajes y situaciones son ficticios. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, empresas existentes, eventos o locales, es coincidencia y fruto de la imaginación de la autora.

© 2025, *Fede y Federico*

© 2025, Nisa Arce

© 2025, Diseño de portada: Colección Arcoíris y Diego Bober

Has adquirido una obra publicada mediante autoedición. Gracias por apoyar el trabajo de los autores independientes.

Nisa-Arce.net

Instagram: @nisarce

Colección Arcoíris

Seis autoras. Seis novelas cortas, una por cada franja de la bandera LGBT. Seis colores. Seis historias diferentes y únicas con un nexo en común: el Café del Mar, ambientado en Sitges.

Como gatos al sol, Laura Sanz
Cuatro amigos, Nut
Sol amarillo, Hendelie
Fede y Federico, Nisa Arce
En otra vida, Roser A. Ochoa
Si fuera magia, Enara De la Peña

Verde

Simboliza equilibrio, renovación y crecimiento. Es un color que calma, asociado a la esperanza, la paz y la armonía. También puede representar una nueva vida o un nuevo comienzo.

Índice

Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Epílogo

Acerca de la autora

Capítulo uno

Año 1986



El día en que a Antoni le comunicaron que le tocaba ser vocal suplente en las elecciones generales, las segundas que se celebraban tras el final de la dictadura, lo primero que pensó fue que aquello era una más de las tantas ironías que se le habían presentado a lo largo de su vida.

Quizás tiempo —mucho tiempo— atrás, la citación le hubiese despertado euforia, incrementando el afán de contribuir a que el motor de la democracia por fin pudiera ponerse en marcha, pero lo cierto fue que esa mañana, cuando llegó con antelación al colegio electoral y le anunciaron que podía marcharse tras votar, pues todos los convocados ya estaban presentes, volvió a sentirse desubicado.

La sensación de distanciamiento con respecto a cuanto lo rodeaba se acrecentó al observar a un grupo de jóvenes que, en medio de cháchara animada, iban a cumplir con el deber para luego, a juzgar por sus vestimentas, irse derechitos a la playa.

No los entendía.

No comprendía su jerga, ni la ropa que llevaban puesta. Tampoco la desfachatez con la que parecían arrasar por dondequiera que pasasen.

Estaba ya alejándose cuando distinguió al Oriol y al Marcial, dos de sus clientes habituales. Ambos inmersos en un debate tan apasionado como insufrible sobre todo lo concerniente a la política. Sí, insufrible por eterno. Antoni lo sabía bien, pues por algo se gozaba sus diálogos, más bien monólogos alternos, día sí y día

también mientras les ponía cafés y cañas, sobre todo ahora que ya apretaba el calor de comienzos de verano.

—*Bon dia*[1] —lo saludaron.

—*Bon dia*.

—¿Ya vas a abrir?

—Sí.

—Luego vamos. ¿A quién votaste? —preguntó el Marcial.

—A ti te lo voy a decir.

Oriol dejó escapar una carcajada ronca por la respuesta de su paisano.

—Veinticuatro años dejándome las pesetas en tu café, y ni aun así sueltas prenda —protestó Marcial.

—¿Me vas a decir tú a mí a quién le vas a dar la papeleta? —contraatacó Antoni.

—Luego te lo cuenta con pelos y señales. A ti y al resto de parroquianos —volvió a carcajearse Oriol.

Antoni, resignado, se dispuso a reemprender el camino, pero una ráfaga de brisa ardiente le dio en el rostro, incrementando, de paso, la sofocante sensación de bochorno que imperaba a esas horas tempranas.

—Se está metiendo el *garbí* —observó Marcial—. Seguro que la Meri se deja caer pronto.

Antoni apretó los puños y se despidió con un cabeceo. Daba por hecho que dicha observación sobre los efectos del cambio del viento se basaban, como si de una ley científica se tratase, en las evidencias observadas a lo largo de las últimas décadas, pero aunque ya no tenía motivos por los que sentirse inquieto, se le juntó cierta desazón en la boca del estómago junto con la alegría de lo que, a todas luces, sería un nuevo encuentro.

Cómo no sentir dicha, si solo con su presencia el aludido —la Meri— revolucionaba hasta el último rincón del Café del Mar, su negocio. Tanto mimo y empeño había puesto en él desde que Santi, el anterior dueño, se lo traspasó, que lo consideraba prácticamente como su segunda casa. Primera, incluso.

Aun así, cuando quedó ante la fachada del edificio, la congoja se incrementó.

El Café del Mar era toda una institución en Sitges, vestigio de otros tiempos donde nada era tan luminoso. Ahí permanecía, a pocos metros del litoral, rodeado de edificios recientes y de otros que habían sido sometidos a toda suerte de reformas para albergar apartamentos, hoteles, restaurantes y cafeterías más modernas que la suya, donde ponían música de la que ahora se llevaba, donde acudían turistas y locales a tomar el sol mientras disfrutaban de la buena vida.

Sitges, siempre efervescente y cosmopolita, un pequeño universo en sí misma, había cambiado en un abrir y cerrar de ojos. Parecía girar al mismo ritmo vertiginoso del resto del país, del planeta. Un ritmo que Antoni no era capaz de seguir.

Abrió por la puerta trasera y, tras cerciorarse de que todo estaba donde correspondía, dio comienzo a su rutina: comprobar que había cambio suficiente en la caja, que los proveedores habían entregado la mercancía, que el suelo estaba bien barrido y un sinfín de detalles más.

—Buenos días, don Antoni —lo saludó Jaume, uno de sus empleados.

—Buenos días —replicó desde detrás de la barra—. Ve a por refuerzos al almacén, que hoy aprieta el calor.

El joven asintió y se marchó para traer un par de barriles de cerveza, así como soda y café, los ingredientes del *suau*, la bebida refrescante que se había vuelto a poner de moda pese a que llevaban ofreciéndola en la carta desde que tomó las riendas del negocio. Los demás componentes de la plantilla fueron llegando, y el Café del Mar abrió sus puertas puntualmente, a las nueve y media.

El Oriol y el Marcial, así como otros habituales, esperaban para acceder y ocupar su «mesa de siempre». Los siguieron familias que venían de votar y deseaban tomar un refrigerio, visitantes ingleses, alemanes y algún que otro francés que querían adelantarse a la hora del vermut, y, cómo no, las integrantes del club de lectura de los domingos.

Antoni sabía que era absurdo sentir emoción por el *garbí*, pues aquel al que todos esperaban no necesitaba de un cambio de viento para acudir a la cita, ya que no había faltado ni a una sola en calidad de coordinador de aquel pequeño colectivo de amantes de la literatura.

Aun así, cuando las puertas del Café del Mar se abrieron y el recién llegado se anunció, sintió un estremecimiento en sus viejos huesos.

—¡El día está teñido del color de las rosas! —proyectó con su voz de tenor—. ¡Ave rosas, estrellas solemnes! Amigas de poetas y de mi corazón[2]*.*

—¿Ves como Meri estaba al caer? Solo le falta la sombrilla para ser igualito que la Poppins —se rio Marcial.

—Yo sabía que hoy, más que nunca, vendrías —sentenció Neus, la más veterana de las componentes del club.

—Aunque podrías proponer un poco más de variedad, que hay más autores aparte de Lorca —insinuó otra lectora.

—¿Y dejar de lado justo en esta jornada histórica a mi tocayo *granaíno* y maricón? ¡Jamás!

En cuanto hubo soltado aquello, la Meri se echó a reír, y la melodía, contagiosa como un repicar de campanillas, inundó el ambiente. Se le unieron el chirrido de las sillas arrastrándose en torno a las mesas unidas, el de los libros siendo sacados de los bolsos. Jaume se acercó a ellos dispuesto a tomarles nota, y el recién llegado, pícaro, le dijo al oído:

—Jaume, querido, que me pongan un vinito.

Acto seguido, guiñó un ojo en dirección a la barra.

Antoni, receptor de dicho gesto, suspiró.

El paso de los años también se había cebado en él, pero Fede seguía conservando la corpulencia con la que lo conoció en la última etapa de su juventud, cuando esta empezaba a diluirse en la más que evidente madurez. Alto y de hombros anchos, compensaba su ya inevitable calvicie con unos ojos que, como el Mediterráneo, brillaban azules bajo el sol. Ese que le ocupaba el pecho, pues todo en él era candidez y bondad.

Aunque allá en el café estaban habituados a su eterno buen humor, aquella jornada parecía el doble de dichoso, incluso el triple.

Dicha que incrementó el disgusto de Antoni.

A ver cómo le decía a su «novio» —si es que podía catalogarse como tal tras veintidós años de relación encubierta, aunque fuera más que evidente en su círculo próximo— que esa misma mañana, mientras caminaba desde el colegio electoral en dirección al café, había decidido jubilarse.

Y que entre sus planes estaba traspasar lo antes posible, al primero que estuviese interesado, aquel lugar que tanto había supuesto para ambos…

---

1 Buenos días

2 *La oración de las rosas*, Federico García Lorca (1918)

Capítulo dos

Año 1962



Antoni solía pensar que era curioso cómo un evento casual podía alterar el rumbo de tu existencia en un abrir y cerrar de ojos.

Por ejemplo, lo que le ocurrió la mañana en la que abrió el periódico en la cafetería donde llevaba quince años trabajando, mientras se tomaba sus minutitos de descanso, privilegio por ser el más veterano de la plantilla. Nada hacía presagiar que un simple vistazo a la sección de anuncios por palabras tendría semejante efecto en su vida.

Estaba en la trastienda, apurando el café que él mismo se había servido, cuando lo vio. Discreto y conciso, con un borde negro que lo hacía resaltar entre los demás clasificados.

«Se traspasa café emblemático en Sitges. Zona inmejorable. Urge por cambio de actividad».

Su primer impulso fue seguir pasando páginas, pero aquellas palabras resonaron en su mente como una letanía. Para empezar, ¿qué hacía el reclamo de un negocio en Sitges en un periódico local de Lleida?

No tardó en llegar a la conclusión de que quien estaba detrás del anuncio, sabía lo que hacía al publicarlo en medios del interior de Cataluña. Al fin y al cabo, ¿quién no soñaba con vivir cerca del mar?

Pues él, que no tenía interés especial por la zona costera.

Sin embargo, le habían llegado rumores sobre Sitges y su ambiente menos opresivo, más amable y condescendiente en su

condición de satélite de Barcelona, pero dueña de sí misma con su carácter propio.

—¡Se acabó el descanso! —lo llamó el jefe a voz en grito.

Disimuló de malas maneras un suspiro de resignación, pero antes de doblar con cuidado el diario a fin de dejarlo a disposición de la clientela, tomó la decisión.

Estaba harto de trabajar de camarero. De dejarse la piel para beneficio de otros.

Quería convertirse en empresario.

Y, de paso, cambiar de aires, aprovechando que nada allí le retenía.

En cuanto pudo tomarse un día libre, se desplazó hasta Barcelona en tren, y de ahí siguió descendiendo por el litoral.

Nunca había estado en Sitges, pero los destellos del Mediterráneo captaron su atención, así como el intenso olor a bruma marina. Avanzó entre caminos bordeados de palmeras e hileras de Seat 600, escarabajos Volkswagen y alguna que otra furgoneta que, aparcados en los aledaños de la playa, conformaban un mosaico variopinto.

Pasó de lado restaurantes y bares. En uno de ellos parecían haber improvisado una especie de guateque. Sonaba *Tómbola*, de Marisol.

Antoni se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo y pidió señas. Los paseantes le indicaron que iba por buen camino y, poco después, estuvo ante la fachada del Café del Mar.

Cuando accedió al interior, se quedó sin aliento. Las molduras de los techos, en los que destacaba un rosetón y una lámpara de araña; el mostrador, confeccionado en materiales nobles; las mesas de mármol; la barandilla de forja.

Una pequeña joya arquitectónica que parecía resistir a los embates del tiempo.

—Buenos días —saludó, y tras sacarse de la cartera la página doblada del periódico, se la mostró a quien estaba tras la barra—. Venía por el anuncio.

—Buenos días. Soy Santiago, el dueño.

Antoni le estrechó la mano y se dejó invitar a un agua fresca mientras subían a la planta superior.

Ahí, ambos expusieron sus necesidades y condiciones.

Antoni tenía sobrada experiencia en el sector y contaba con algunos ahorrillos. Santi —porque no tardó en pedirle que lo tuteara — quería pasarse al negocio de los apartamentos y estaba dispuesto a ofrecer una rebaja generosa. A su vez, Antoni no tenía problema alguno en respetar la voluntad de la familia Marçal, dueños del inmueble, para que este no fuese reformado salvo necesidad extrema.

Les bastaron un par de reuniones más para firmar el acuerdo.

Y así, a comienzos del sofocante mes de agosto, se plantó en Sitges, con todo el equipamiento heredado del traspasante, un plantel reducido pero más que dispuesto a seguir desempeñando funciones a sus órdenes, y la planta del sótano reconvertida, además de en almacén, en su refugio temporal hasta que pudiese costearse una vivienda.

Como todos los comienzos, los suyos al mando del café fueron duros, y estar al otro lado le resultó más complicado de lo que creía, pero también satisfactorio.

Se sentía pleno de energía. La gente era amable, y llegaban veraneantes de otras partes de Cataluña y hasta del extranjero. La recaudación abundaba, las cuentas salían. Pronto se familiarizó con habituales y proveedores.

Cuando empezaba a pensar que la aclimatación había sido rápida y que nada podría amenazar esa nueva cotidianidad que estaba forjándose, en la que apenas había espacio para nada que no fuera el trabajo, ocurrió.

Otro evento casual, acaso fortuito, que puso su mundo del revés.

El café estaba abarrotado de gente recién llegada de la playa, pues se había desatado una tormenta eléctrica bajo el bochorno. Las puertas se abrieron, y por ellas, calado, accedió un hombre fornido y rubio. Las prendas que vestía, a pesar del chaparrón, se adivinaban elegantes.

—¡Buenas tardes! —saludó, enérgico.

Antoni alzó la mirada desde detrás de la barra, donde estaba guardando copas ya limpias.

—Muy buenas. Niño, dale un paño al caballero —ordenó a uno de sus empleados.

Este, solícito, así hizo, y el recién llegado, tras retirarse toda la humedad posible, tomó asiento en uno de los distinguidos taburetes.

—Muchas gracias.

—No es nada. ¿Qué se le ofrece?

—Lo que más le pidan.

Antoni le preparó un *suau*. Su nuevo cliente lo degustó. La bebida, refrescante y con un punto entre ácido y amargo, pareció agradarle. Sus ojos azules refulgieron cuando se clavaron en los suyos.

—Algo me dice que es usted el encargado.

Antoni, tras esbozar un amago de media sonrisa, regresó a sus copas.

—El mismo. Si se le ofrece algo…

—Pues mire, lo cierto es que sí. —Le dio otro sorbo a la bebida y fue directo—: Me acabo de comprar una casita en el pueblo. Aunque de pueblo ya cada vez tiene menos, ¿no cree? —Terminó la frase con una risa cantarina y despreocupada.

—¿No es de por aquí?

El hombre negó con la cabeza y volvió a sonreír. Unas ligeras arrugas, producto de las gesticulaciones, se acentuaron cuando añadió en voz baja:

—*Sóc de Barcelona*[1]. Imparto clases de Literatura en la universidad.

Que se atreviera a hablarle en catalán ahí, en un entorno público, captó su atención. Antoni echó un vistazo alrededor de ambos. La gente que ocupaba las mesas estaba a lo suyo. Sus empleados, también.

Así que se atrevió, él también, a contradecir las imposiciones del régimen en cuanto a los usos lingüísticos.

—*I a vostè què us porta per aquí?*[2] —replicó en igual tono.

—Me gusta Sitges. Es tranquila, pero inquieta. Ideal para recargar energías cuando te las consume la ciudad.

Antoni frunció el ceño.

—¿Y piensa trasladarse a Barcelona a diario para impartir sus clases?

—El trayecto siguiendo la costa es todo un regalo para la vista —afirmó, restándole importancia a los más de cuarenta kilómetros que distanciaban ambos puntos. Acto seguido, fue al meollo de la cuestión—: El asunto es, buen hombre…

—Antoni.

—Yo soy Federico.

—Encantado.

—Igualmente. Pues Antoni, estoy buscando un rincón singular que se convierta en referente para la vida cultural de Sitges. Un lugar donde disfrutar del placer de la lectura compartiéndolo con más amantes de los libros, en aras de que no sea un acto solitario. —Federico se terminó el *suau* y con otra sonrisa, tras acodarse sobre el mostrador, añadió—. Así que como encargado…

—Dueño del negocio —puntualizó.

—Dueño del negocio, director coral de esta joya irresistible, me veo en la obligación moral de proponerle una colaboración.

Antoni secó la última copa con parsimonia y la colocó, tomándose su tiempo. Como dejando claro que ahí era él quien ponía las normas. Se apoyó también en el mostrador. Ambos se miraron de tú a tú.

El tal Federico era alto y robusto. Su presencia parecía llenar hasta el último centímetro de la barra, como si arrojase una luz propia.

Aun así, a esas alturas no iba a dejarse impresionar tan fácilmente.

—¿Qué clase de colaboración?

—Yo le pongo en bandeja una clientela fiel y devota, con la consecuente aportación a las arcas, y usted me cede parte del espacio del café para organizar reuniones.

Aquello no le gustó un pelo.

—¿A qué se refiere con reuniones? —inquirió, tenso.

Federico rio, y Antoni, sin poder evitarlo, contó los hoyuelos que surgían en sus mejillas pulcramente afeitadas.

—No se me asuste, hombre. Un club de lectura. Solo eso.

—¿Qué es un club de lectura? —dudó.

—Una reunión informal pero planeada y periódica en la que personas que se han puesto de acuerdo para leer el mismo libro debaten sobre la historia de marras. —Le guiñó un ojo—. Totalmente inofensivo.

Aun así, Antoni no pareció conforme.

—¿Cuándo?

—Había pensado en los domingos por la mañana. Al mediodía. Para que les dé tiempo a quienes van primero a misa, y luego quieran encadenar con el aperitivo.

Antoni se lo pensó.

—¿Dónde?

—¿Qué tal ahí? —Señaló hacia un grupo de mesas—. Estaremos apartados, pero dentro del conjunto. Sin desentonar. Me gusta el verde de los manteles… —Mirándole de nuevo a los ojos, añadió en tono quedo, prácticamente un susurro—: Verde que te quiero verde. Verde viento. Verdes ramas. El barco sobre la mar. Y el caballo en la montaña[3].

Las palabras lo hipnotizaron con su cadencia.

Tuvo que resistirse a aquella desfachatez de encantador de serpientes, volver a dejar claro que era él quien mandaba ahí.

—Vuelva en unos días y lo seguimos hablando. Necesito reflexionar.

—Claro, consúltelo con la almohada cuanto sea necesario. —Un trueno resonó sobre el cielo de Sitges, logrando que la cacofonía de las conversaciones se detuviese unos segundos—. Vaya, parece que la tormenta va para largo… Póngame un vinito, Antoni, querido.

Lo miró con una ceja más alta que la otra, pero en lugar de reprenderlo por semejante apelativo, se rindió a la curiosidad:

—¿De quién son esos versos?

—Del más grande de España entera, aunque a muchos les pese. —Con esa complicidad que le resultaba tan incómoda como

atrayente, añadió—: Mi tocayo.

—Federico, claro…

—Pero llámeme Fede, hombre. Que Federico solo hubo y habrá uno.

Antoni abrió una nueva botella de tinto de la región, con buena fama y mejor precio. Le sirvió, y Fede, tras alzar la copa en su honor, se incorporó y fue a recrearse con cada detalle del café, amenizando el *tour* gracias a conversaciones informales que iba encadenando aquí y allá con los parroquianos.

Antes de mandar a uno de sus muchachos al almacén a por refuerzos, Antoni se dijo para sus adentros que ya encontraría una excusa para quitarse de encima al tal Fede y rechazar la propuesta.

Porque en esa nueva etapa que estaba viviendo, y a sus cuarenta y un años, no quería problemas.

Y algo le decía, o le gritaba más bien, que aquel hombre no haría más que causárselos.

Pero como ya sabía por experiencia propia, a veces los hechos ocurren, sin que uno pueda hacer algo por evitarlo, más que dejarse arrastrar…

---

1 Soy de Barcelona

2 ¿Y a usted qué le trae por aquí?

3 *Romance sonámbulo*, Federico García Lorca (1924)

Capítulo tres

Año 1986



Con cinco minutos de retraso sobre la hora estipulada, el club de lectura dominical del Café del Mar dio comienzo a su esperada y nueva reunión. De sus integrantes, nueve eran mujeres. Completaban el elenco Enrique, al frente de una de las pescaderías del recién inaugurado Mercat Municipal[1], y, cómo no, el *alma mater*, que tras comprobar que ya estaban todos, llamó al orden:

—Señoras, vamos a ir centrándonos o se nos va el tiempo… —Dirigiéndose al otro varón presente, añadió, en tono meloso—: A ti no te importa que te meta en el saco, ¿verdad?

—Claro que no, Meri.

—Así me gusta. Bien, ¿a alguien no le ha dado tiempo a terminar la lectura que habíamos programado para hoy?

Quienes ocupaban las mesas unidas dispusieron sobre estas sus ejemplares de *El retrato de Dorian Gray*. Como ninguna mano se alzó, Fede sonrió ampliamente y empezó a contarles:

—¿Sabéis qué? Es la décima vez que me sumerjo en sus páginas, y con cada relectura me fascina incluso más… —Al ver que se les acercaba no un camarero cualquiera, sino su predilecto, le hizo un gesto—. Jaume, querido, ¿a ti también te dio tiempo de leer a Wilde?

El joven giró el rostro en dirección al mostrador. Allí, su jefe estaba demasiado atareado coordinando el flujo de clientela como para reparar en que no había empezado a tomarles nota, así que asintió con un cabeceo. De paso, agradeció con una sonrisa que la

Meri siempre le tuviese en cuenta para el club, aunque por las circunstancias no pudiese formar parte activa de él.

—Sí, aunque mi obra preferida de cuantas escribió es *De profundis*.

—Una de las grandes obras maestras del epistolar. Desgarradora y apasionante… Quizás la propongamos para una nueva sesión. —Fede se dirigió a las demás—. ¿Cuántos cafelitos?

Jaume empezó a anotar en una libreta. Cuando se disponía a marcharse con la comanda, escuchó a Neus:

—A mí me ha parecido una crítica al miedo a la muerte.

Se detuvo, y tras girarse sobre los talones se atrevió a aportar su granito de arena:

—En mi opinión, Dorian no hace sino enamorarse de la persona que anhela ser, sin tantas prohibiciones y limitaciones morales.

El joven correspondió a la sonrisa afectuosa de Fede y, sin mayor demora, se dispuso a ejercer sus funciones. Por los ventanales abiertos del Café del Mar se colaba algo de brisa que ayudaba a combatir el calor, y mientras más y más personas accedían al local y abarrotaban sus dos plantas, aquel grupo de amantes de la lectura se sumergió en un debate intenso y variopinto.

Fede intervenía lo justo, dejando que cada uno expresase sus pensamientos, que los diferentes puntos de vista fueran tejiendo una red que lo maravillaba. A lo largo de su trayectoria como profesor había asistido a grandes debates entre alumnos brillantes, pero, sin duda, con quienes más disfrutaba desgranando cuanto un libro pudiera transmitir, era con personas anónimas como aquellas.

Amas de casa, peluqueras, costureras, secretarias retiradas…

«Los libros son el refugio del alma», era una de las frases que más gustaba repetir. «Y el alma, aunque hayan intentado silenciarla, es universal».

Debatieron, rieron. Pidieron más consumiciones, y cuando estaban eligiendo cuál sería la siguiente obra, Fede se incorporó. Desde la altura que le proporcionaba su corpachón, anunció, pletórico:

—Queridas, aprovecho la coyuntura para, si me lo permitís, invitaros a una copita del tinto de la casa, porque quiero celebrar

que… ¡el próximo mes estaré oficialmente jubilado! —proclamó.

El club de lectura rompió a aplaudir, algo que Fede agradeció con teatrales reverencias, como si le estuviesen lanzando claveles al escenario.

—Qué envidia me das. Yo sigo contando los días para retirarme —se lamentó con guasa Enrique.

—Con la de años en activo que te quedan, si no eres más que un mozalbete —se la devolvió.

—Lo tomaré como un piropo.

—Meri.

—Dime, Neus.

—Como sospechábamos que hoy nos ibas a anunciar lo de la jubilación, habíamos pensado en hacerte un regalito…

Fede le prestó toda su atención, a lo que la mujer reaccionó sacándolo de la intriga:

—¿Qué te parece si el próximo libro a leer y comentar es *La casa de Bernarda Alba*? A representarla no llegamos, pero sí la podemos desgranar y dedicarle un par de sesiones incluso.

Ante la mención de la obra de su tocayo, Fede, emocionado, tomó las manos de Neus entre las suyas y las besó.

—Será un honor.

Acto seguido, repitió el mismo gesto con los demás integrantes, y los alentó a que aún no se marchasen, pues iba a buscar personalmente las botellas.

Al llegar al mostrador, Antoni, con cara larga, ya las tenía preparadas.

—Eso es ser previsor —lo alabó Fede.

—Eso se llama escuchar perfectamente desde aquí tu vozarrón —le recriminó que, a esas alturas, siguiera sin medirse.

Fede rompió a reír. Luego se acodó sobre la barra y, melancólico, añadió:

—Quién me iba a decir que llegaría a debatir sobre la viuda Bernarda a plena luz del día.

Antoni suspiró y empezó a sacar copas. Fede, tras esperar unos segundos, preguntó:

—¿No vas a decirme nada sobre mi retiro?

—Enhorabuena.

—No pareces contento por poder tenerme cerca a diario.

—Ya te tengo cerca lo suficiente. Y no bebas más, que con esta ya llevas dos «vinitos».

Sin dejarse amedrentar por su habitual malhumor, Fede concretó:

—Es un día especial por partida triple, hay que festejarlo. A mí me pones el mío en el cáliz de la esperanza, ¿eh?

—Lo daba por hecho, aunque maldita la gracia que me hace tener que agacharme a buscarlo…

Antes de que la Meri hiciese ademán alguno de impedírselo, Antoni se puso de rodillas en el suelo tras el mostrador, notando que las articulaciones se quejaban en crujidos lastimeros.

Abrió una de las compuertas y empezó a rebuscar entre vasos y jarras. Finalmente, dio con ella: una copa que podría pasar por otra normal y corriente si no fuera por un detalle…

Y es que estaba hecha no de vidrio transparente, sino del tono de la hierba y las esmeraldas.

—¡Jaume! —vociferó.

—¡Dígame, don Antoni!

—Lleva todo esto a la mesa del club.

El joven obedeció, y el aún dueño del negocio se preparó mentalmente para incorporarse y, de paso, disimular el dolor de caderas y de riñones que se sumaba al de las rótulas maltrechas.

Antes de volver a encararle, se quedó observando la copa que sostenía en la mano.

Verde que te quiero verde, pudo escuchar a Fede recitar en su cabeza.

Verde, sí. Como la esperanza, decía él.

Verde, como la vergüenza que le causaba el ser consciente de que llevaba demasiados años prolongando la mentira que, desde el primer instante, vertió sobre aquel falso cáliz que pronto estaría repleto de tinto.

---

1 El Mercat Municipal (Mercado Municipal) de Sitges se inauguró en mayo de 1986 tras dos años de obras, y supuso que dejase de emplearse el histórico Mercat Vell

(Mercado Viejo).

Capítulo cuatro

Año 1962



El tal Fede cumplió indicaciones a rajatabla, y durante los siguientes días no se dejó ver por el Café del Mar. Sin embargo, a la cuarta jornada puso fin a su ausencia anunciándose nada más abrir la puerta.

—¡Buenos días!

Los parroquianos levantaron la mirada de los periódicos para corresponder al saludo. Los que no leían y conversaban entre ellos, más de lo mismo.

Antoni elevó una ceja mientras secaba vasos con un paño detrás del mostrador, y se quedó observando al recién llegado cuando este tomó asiento en un taburete, acodándose sobre la barra.

—*Bon dia* a usted también, señor dueño del negocio.

—*Bon dia*. ¿Qué se le ofrece? —replicó, educado aunque escueto.

Fede dibujó una sonrisa canalla.

—Para empezar, un cafelito. Cortado, por favor.

—Niño, ponle un cortado al caballero —ordenó a uno de sus empleados.

Este asintió. Poco después, ya ante su bebida humeante y mientras se encargaba de endulzarla, el profesor fue a por todas:

—Y para seguir, quería saber si consultó con la almohada lo del club de lectura.

Antoni se giró para colocar los vasos ya secos, y aprovechó que quedaba fuera de su punto de mira para tomar aire y prepararse.

—Sí, lo he consultado —replicó tras encararle—. Y me temo que tengo que decirle que prefiero que no lo…

—Deme solo una oportunidad, buen hombre. Permítame organizarlo el domingo de la próxima semana, y si los resultados no son satisfactorios para ambas partes, no insistiré más.

Antoni se acodó en el mostrador para observarle de cerca.

Fede, con su encanto de brujo, lo hechizó con sonrisa astuta, propia de quien estaba acostumbrado a salirse siempre con la suya.

—Por la parte que me compete, solo busco buena charla literaria.

—¿No impartía usted clases en la universidad? Digo yo que de eso estará servido.

—Pero la Literatura, con mayúscula, es un arte que debería estar al alcance de cualquiera. Ese es mi objetivo: disfrutar. —Su mirada del color del mar descendió levemente, sutil. Lo justo para que el gesto quedase entre ambos; y precisamente, al quedar entre ambos, Antoni supo captarlo. De sus labios finos brotaron palabras que podían tergiversarse, o al menos el responsable del café así lo entendió—: También quiero darle la oportunidad de disfrutar a quienes en secreto desean hacerlo, pero no se atreven o no saben cómo iniciarse.

Antoni, tenso, recurrió a su temple para no echarlo de allí en ese mismo instante.

—Me temo que mi postura sigue siendo la misma.

—Solo una oportunidad, querido… Le prometo consumición por parte de cada asistente. Dos horas máximo.

Quien seguía tras el mostrador suspiró.

«Me arrepentiré de esto», masculló para sus adentros.

—A ver, explíqueme en qué consiste ese plan descabellado suyo.

Fede, resplandeciente, se acomodó en el taburete y apuró el café.

—Colocaré anuncios por la ciudad. Nada escandaloso, no se preocupe. Propondré una primera lectura y citaré a quien desee apuntarse en el café el domingo acordado, a mediodía. Debatiremos sobre el libro, y si la sinergia es la adecuada, la maquinaria trabajará por sí sola. —Entusiasmado, añadió—: Luego será cuestión de escoger cuál será el siguiente libro y mantener la dinámica.

—¿Y qué libro piensa proponer? Le recuerdo que no quiero problemas.

—Insisto, puede estar tranquilo… Había pensado en comenzar por *Fortunata y Jacinta*, de don Benito.

Antoni permaneció impasible.

Las puertas del café volvieron a abrirse, y más clientela accedió al establecimiento. Pronto empezaría la hora de mayor ocupación y no tenía tiempo que perder.

—Dos consumiciones por cabeza —recalcó, imponiendo sus condiciones—. Discreción y nada de molestar a los demás clientes.

—¿Le da una oportunidad, pues, a la cultura?

Antoni suspiró y dio el brazo a torcer:

—Sí.

Fede se incorporó, y con su corpachón de oso logró apretarle ambos hombros en una suerte de abrazo.

—¡Gracias, buen hombre! Si ya sabía yo desde el primer momento en que lo vi que tenía usted un gran corazón.

Un camarero que también se encontraba tras el mostrador y atendía, sin demasiada discreción, a la escena, ahogó una carcajada de mofa.

—Tú, a tomar nota —lo espantó el jefe.

Las campanillas de la risa de Fede resonaron por doquier, y tras tomar nuevamente asiento, este se dirigió a Antoni:

—¿Me podría servir otro café y darme papel y lápiz, si no es mucho pedir?

Le tendió uno de los que usaban para apuntar las peticiones de los clientes, así como una hoja arrancada de libreta, junto con el nuevo cortado.

—¿Se le ofrece algo más al caballero? —preguntó en un tono irónico que dejaba entrever lo irritado de su ánimo.

—Sí: que suba usted la radio.

Antoni elevó ambas cejas, pero giró la perilla para aumentar el volumen del aparato en el que tenían sintonizada una emisora local.

Antes de centrarse en sus labores, Antoni observó que su peculiar cliente estaba bocetando sobre el papel una especie de panfleto. Supuso que con la idea de, una vez mejorado, copiarlo y

repartirlo a saber por dónde. Mientras pintarrajeaba sobre la blanca superficie, silbaba y tarareaba una melodía que no era la que sonaba por la emisora.

Como si se estuviese amparando en ella para camuflar la que colmaba un rincón de su mente y corazón.

—Ojos verdes, verdes como la albahaca —lo oyó canturrear en un susurro—. Verdes como el trigo verde, y el verde, verde limón[1].

Ojos verdes, como los de Antoni.

Ojos verdes que rehuyeron el contacto con esos azules que le lanzaban una nueva señal, discreta pero audaz, envuelta en un nuevo código.

Y mientras Los Panchos sonaban en la radio, la copla cantada por Miguel de Molina, artista exiliado como otros tantos, reinó entre los dos.

---

1 *Ojos verdes*, Rafael de León, Manuel López-Quiroga y Salvador Valverde (1936)

Capítulo cinco

Año 1986



Fede se quedó observando cómo el tinto se vertía en la copa, transformando el tono del cáliz en un pardo oscuro.

—Hay que ver la de años que tiene, y sigue prácticamente intacto —afirmó, admirado.

Antoni le tendió la copa, y él, tras alzarla en una especie de brindis, lo miró a los ojos mientras añadía:

—Siempre tuve fe en que cambiarían los tiempos, y que los años grises quedarían atrás.

Dio un sorbo y degustó el vino. Aunque no era, ni por asomo, un caldo refinado, tenía para él un sabor inconfundible.

El de la paz. El del hogar.

—Yo también esperaba que los tiempos cambiasen, pero no así… —farfulló Antoni.

Fede volvió a acodarse en la barra. La piel flácida del cuello formaba curiosos surcos, y las arrugas, cinceladas por el transcurso de las décadas, dotaban de mayor carácter a sus brillantes iris celestes. Sus labios, aunque más finos que antaño al haber perdido parte de su volumen, se curvaron en la más deslumbrante de las sonrisas.

—¿No te parece fascinante esta generación? —replicó en ese tono que, por instinto, ambos adoptaban al dialogar cuando los rodeaba la algarabía del café.

—Quizás los encontraría fascinantes si los llegase a comprender… —Se quedó observando a un grupito que, arremolinado en torno a

sus cañas, charlaba a mayores decibelios de los socialmente aceptables—. Míralos: como si fueran los dueños del mundo. Ya no hay respeto por los mayores.

Fede rio, y tras guardar silencio unos segundos, pidió a uno de los camareros:

—Meri, sube la música.

El joven obedeció, pues estaba acostumbrado a que lo llamase así cuando no recordaba su nombre —algo que ocurría con bastante frecuencia; de ahí el mote que a Fede le habían puesto—. Radio Futura llenó el espacio.

—*Sí, yo caí enamorado de la moda juvenil, de los chicos, de las chicas, de los maniquís…*[1] —proclamaba el Auserón.

—Enamorado de ti*…* —canturreó el joven mientras pasaba un trapo a la barra del mostrador.

—Y esas canciones… —volvió a protestar Antoni—. Son todo ruido. ¿Cómo les pueden gustar? No entiendo a la juventud.

—Me temo, querido, que tú nunca has entendido a la juventud. Ni siquiera cuando tú mismo eras joven —observó Fede antes de darle otro sorbo al vino.

—Qué vas a saber, si de joven no me conociste —se la devolvió.

—Claro que lo hice. Buen mozo eras. ¿Y sabes qué? —Le guiñó un ojo y añadió—: Quien tuvo, retuvo.

El camarero disimuló una sonrisa y subió un poco más la radio para darles «privacidad». Antoni, hastiado, volvió a recriminarle a Fede:

—¿Tú no tienes gente allá atrás a la que atender?

—Sí, me esperan mis damas. Y el caballero, claro. —Antes de marcharse a servir él mismo el vinito a quienes formaban el club de lectura, lo miró a los ojos una vez más—: ¿Me hará usted el favor, señor propietario del negocio, de celebrar mi inminente y merecida jubilación esta noche al frescor de la terraza? La cena la pongo yo.

Antoni chasqueó la lengua y se lo quedó mirando. Luego sintió que su empleado se le acercaba un poco más.

—Dígale que sí, jefe… —susurró el joven.

—Eso, querido, di que sí —se sumó a la moción Fede.

Reinó otro breve silencio entre ambos que Neus se encargó de romper:

—¡Meri! ¿Vienes o no?

—¡Voy, voy! ¿Y bien?

—A las nueve estaré ahí —claudicó Antoni. Luego espantó al muchacho—: ¡Tú, a limpiar!

—Estupendo. Será una velada memorable —celebró Fede.

Antoni lo observó mientras se alejaba, y luego mientras iba llenando las copas transparentes y todas estas, junto con el cáliz de la esperanza, se unían en un brindis que sonaba a prosperidad, a fe en que nuevos buenos momentos estaban por llegar.

Y deseando en su fuero interno contagiarse de tanto entusiasmo, se sintió más perdido y desconcertado que nunca.

---

1 *Enamorado de la moda juvenil*, Herminio Molero (1980)

Capítulo seis

Año 1963



Cuando Antoni decidió instalarse en el sótano del café, se dijo que sería algo temporal. Para ir tirando y ahorrarse un dinero mientras encontraba un piso económico y suficiente para él solo.

Con lo que no contaba, era que el ritmo de trabajo lo dejase exhausto al finalizar cada jornada, y que lo que menos le apetecía al llegar la noche fuese salir a la caza y captura de un inmueble.

Tampoco contaba con que, quizás por su condición de destino turístico en pleno auge, encontrar un alquiler en Sitges no fuese sencillo.

Y así pasaron las semanas, con ellas los meses y casi un año desde su llegada al pueblo, y él seguía durmiendo en el cuartucho.

Tampoco necesitaba mucho más. Allí tenía un camastro limpio y cómodo, un armario, una mesa y una silla. Del techo colgaba una bombilla que, pese a no contar con plafón que la decorase, arrojaba su luz sobre la estancia, y el anterior dueño del negocio había tenido la ocurrencia de que el aseo privado para el personal, situado junto al disponible para el público, contase con un minúsculo plato de ducha, de esos que no había visto, ni usado, hasta su llegada a la población costera.

Así que de tal guisa pasaba sus días entre las paredes del Café del Mar, procurando que nadie se enterase de su pequeño secreto, empezando por sus empleados y siguiendo, sobre todo, por la clientela.

Llevaba siempre la llave del cuarto colgando de una cadenita al cuello, lo suficientemente larga como para que dicha llave quedase oculta a la vista de todo aquel que le preguntase sobre la misteriosa habitación. De hecho, solo tenía un cliente que le hacía la condenada pregunta con más frecuencia de la que le hubiese gustado. El mismo que se dejaba caer a menudo entre semana media hora antes del cierre, y que cada domingo, hubiese o no encuentro del club de lectura, pasaba allí las mañanas al completo.

Antoni, mientras daba una vuelta más en la austera cama, suspiró.

El club de lectura de los domingos, contra todo pronóstico, había sido un éxito. A la primera convocatoria acudieron solo tres personas, pero el boca a boca no tardó en obrar sus efectos y, transcurridas apenas unas semanas, el número de integrantes se incrementó hasta estabilizarse en diez.

Tal y como su fundador le había asegurado, ocupaban un par de mesas durante unas horas en las que todos hacían, como mínimo, dos consumiciones. Llamaban la atención, pero no desentonaban. Tampoco molestaban a los demás, pues mantenían sus diálogos en orden y sin estridencias, pese a lo apasionado de sus respectivos discursos.

La visión de los ojos azules de Fede volvió a él, y casi pudo escuchar con nitidez su voz cantarina preguntándole, por enésima vez, lo que más lo incomodaba.

«¿Qué uso le das a ese cuarto siempre cerrado que se ve desde el servicio, Antoni, querido?»

Refunfuñó y decidió ponerse en pie pese a que el reloj que descansaba sobre una caja, la cual hacía de mesilla de noche, indicaba que afuera aún ni había despuntado el alba. Se metió en la estrecha ducha y dejó que el agua fría lo terminase de despejar, y tras vestirse con la misma ropa funcional de siempre, subió a la planta principal para permitirse el lujo de desayunar ahí, en una de las mesitas más apartadas, disfrutando del conjunto monumental sin interrupciones.

Se sirvió un café, y tras degustarlo decidió salir por la puerta trasera para comprobar si el del pan ya les había entregado la

mercancía, así como el repartidor de los periódicos. Estaba ya pensando en que le iba a saber a gloria acompañar un segundo café con un buen *pa amb tomàquet*[1], y leer el diario antes de que empezase a llegar la plantilla, cuando se dio cuenta de que no era el único que estaba en el callejón.

—*Bon dia*…

Antoni se llevó la mano al pecho.

—Fede, coño, no me des esos sustos.

—¿Sabes que eres el único por aquí que me sigue llamando por el nombre? —susurró para, tras echar un vistazo y cerciorarse de que nadie los observaba, instarlo a entrar al café juntos.

—¿Qué haces?

—¿Me invitas a un cortadito? Tengo otra propuesta que hacerte.

Antoni, demasiado apurado como para reprenderle, cerró tras ellos. Era tan temprano que por los alrededores no había ni gente paseando a sus perros, así que al amparo de un par de lamparillas encendidas, Antoni preparó los cafés y, mostrando compasión por la mirada brillante de Fede, que no le quitaba ojo de encima al pan de payés, tostó uno extra.

—No le echo ajo —recalcó mientras le ponía el plato delante, en la misma mesa que hasta hacía unos minutos había ocupado en solitario—. Si quieres, lo restriegas tú mismo.

—Así está perfecto.

Antoni empezó a darle cuenta a la rebanada crujiente y aliñada en la compañía de los ruiditos de placer que iba soltando Fede.

—¿Tan bueno está? —quiso saber, con una ceja más alta que la otra.

—Una delicia. Deberías prepararlos personalmente para el público.

—Sí, claro. Y a ver quién se encarga de todo lo demás.

Por espacio de varios segundos, se centraron en desayunar en silencio. Fue Antoni quien no soportó prolongarlo por más:

—¿No se supone que tendrías que estar de camino a Barcelona para tus clases?

—Hoy no tengo hasta las once. Me puedo permitir la demora.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Siempre estás aquí, querido.

Antoni bajó la mirada, disimulando que el que le hubiese arrojado su verdad a la cara no le había gustado un pelo.

—Démonos prisa. En cuarenta minutos me llegan los muchachos y tú tendrás que hacerte a la carretera. —Apartó el diario, puesto que no iba a tener la oportunidad de leerlo, y tras entrelazar los dedos de ambas manos sobre la mesa, lo miró fijamente—. ¿Y bien? ¿De qué se trata esta vez?

—Qué va a ser… Más libros.

—¿Quieres ampliar el club de lectura?

—No exactamente.

—¿Entonces?

Fede se recolocó en la silla y esbozó una sonrisa. Al contrario que Antoni, vestía con una elegancia que resaltaba su porte de por sí deslumbrante. Por la cercanía, pudo aspirar sin dificultad el perfume sutil, de notas cítricas, que manaba de su cuello.

—Quiero formar un segundo club. Uno más selecto, conformado por integrantes a los que elija personalmente.

—¿No afirmabas que la lectura debe ser un bien universal, a disposición del mundo entero? —le recordó.

—Así es, pero en estos tiempos que corren y que nos ha tocado vivir, hay lecturas que han de disfrutarse al amparo de las sombras —replicó bajando la voz.

Antoni sintió que lo recorría un escalofrío. Por aquella cercanía que lo quemaba cada vez más, y por cómo podía interpretar aquellas palabras.

—Sin rodeos, Meri.

Fede rompió a reír.

—Tú también has caído…

—Como para no hacerlo, aunque sigo sin entender de dónde viene el mote.

Fede, en lugar de explicárselo, volvió a susurrarle:

—Ese cuarto secreto que tienes ahí abajo… Me preguntaba si podrías prestármelo una vez al mes.

Antoni se tensó ante la mención de su cobijo.

—¿Para qué?

—Tengo alumnos brillantes —compartió con él—. Mentes despiertas que anhelan alimento intelectual, almas que buscan camaradería para paliar la soledad.

—Sin rodeos —insistió.

Fede cruzó una pierna sobre la otra y fue al grano:

—Quiero leer y comentar con ellos la obra prohibida de Lorca.

—Te dije desde el comienzo que no quiero problemas.

—Y no los tendrás. —Sin dejar de mirarlo a los ojos, añadió—: Una vez al mes, los viernes por la noche después de que se haya cerrado el café. Accederemos por la trastienda y nos marcharemos de madrugada. Nadie sabrá que estamos aquí.

Antoni contestó sin dudar:

—No.

—Y yo que pensaba que te mostrarías solidario…

—¿Solidario con qué?

—Con nosotros. Conmigo. —A Fede la voz se le transformó en un murmullo ronco cuando añadió—: Si entre maricones no nos ayudamos, ¿quién lo hará?

Antoni arrastró la silla mientras se incorporaba atropelladamente. Ya de pie, y mientras señalaba hacia la puerta, sentenció:

—Fuera.

—¿He metido el dedo en la llaga, querido?

—¡Fuera!

—Al menos no lo desmientes…

Antoni sintió que el corazón le latía con violencia, que la sangre le bullía en las sienes, pero también en la entrepierna. Como si la atracción que Fede despertaba en él, el deseo con esfuerzo contenido, se hubiese abierto paso al saltarse las trincheras.

Fede se incorporó también. Iba dispuesto a darle las gracias por el desayuno, e insinuarle que se lo apuntara en su cuenta y que se lo abonaría el próximo fin de semana, pero Antoni lo dejó con la palabra en la boca:

—Sígueme.

—¿Estás seguro?

—Nos queda media hora. Ven —indicó, aunque sonó más bien a orden.

Fede obedeció. Amparados en esas sombras que ambos conocían bien, descendieron al subsuelo. Antoni se tomó unos segundos para reflexionar, para recordarse que aún estaba a tiempo de no traspasar esa línea, pero echó mano de la cadenita y sacó la llave. Ante la atenta mirada de Fede, abrió la puerta y lo hizo entrar, para cerrar con dos vueltas después.

—¿Contento?

Fede observó el entorno. Más allá de encontrarlo deprimente, se entusiasmó.

—¡Es perfecto! —Mientras daba un par de vueltas por la estancia, fue imaginando las posibilidades del espacio—. Yo ocuparé la silla, y mis tres elegidos podrán tomar asiento en el suelo. Leeremos los pasajes dramatizándolos, y…

—También pueden sentarse en la cama, no me importa.

Entonces, Fede reparó en el verdadero sentido de lo que le estaba diciendo.

El alma pareció caérsele a los pies.

—¿Pero tú vives aquí?

Antoni se encogió de hombros.

—Según me contó el anterior dueño, antes los hombres que luchaban en secreto contra el régimen lo usaban para refugiarse mientras intercambiaban información con los que se ocultaban en las montañas. —Notando que la mirada de Fede le quemaba incluso más, añadió—: Llevaba años en desuso, y como invertí todo lo que tenía en el traspaso, decidí instalarme una temporada.

Se quedó de piedra cuando la mano cálida de Fede tomó la suya, apretándola con afecto.

—Créeme cuando te digo que si lo hubiera sabido, jamás te habría pedido que me lo cedieras. Lamento profundamente mi osadía.

—Da igual. —El corazón le seguía bombeando con violencia—. Ya lo has dicho antes: si no nos ayudamos entre nosotros, ¿quién lo hará?

Se sostuvieron la mirada, y dialogaron en un lenguaje mudo en el que ambos eran expertos.

El del entendimiento. El de las historias clandestinas. El del secretismo y el peligro que acechaba en cada rincón.

El riesgo que suponía mantener un encuentro. El contrarreloj que amenazaba con desembocar, literalmente, sobre sus cabezas, pues quedaba poco para que empezasen a llegar los camareros del primer turno.

—¿Cuándo? —preguntó Antoni.

—El mes que viene. Tengo que organizarme con mis alumnos.

Antoni se dejó arrastrar por aquella corriente a la que llevaba meses resistiéndose. Y es que Fede se posicionó ante él demasiado cerca, tanto que el perfume de su cuello le aturdió los sentidos.

—¿Cuándo? —lo imitó Fede, repitiendo su pregunta en un susurro.

Antoni, sumando un secreto más a todos los que aquel cuartucho había presenciado, le tomó de las solapas de la elegante chaqueta para atraerlo hacia sí.

—Ahora —replicó.

Sintió la tibia firmeza de los labios de Fede contra los suyos primero, después el reguero que le dejó sobre la piel descubierta, al abrirle, botón a botón, la camisa.

Creyó desfallecer cuando Fede se arrodilló ante él.

La turgencia de aquella boca le proporcionó el más húmedo y ardiente de los besos. Incapaz de resistirse, le sostuvo de la cabeza con ambas manos y se hundió en su calidez. Rápido, brusco, directo.

Ya ni recordaba cuándo había sentido algo así por última vez.

Le pareció escuchar ruidos a través de la madera justo cuando alcanzó el éxtasis. Aturdido, apoyó la espalda contra la pared mientras Fede, recomponiendo sus ropas, le dedicaba una sonrisa. El brillo de su mirada, el aroma que flotaba en el ambiente… Todo clamaba a los cuatro vientos lo que acababa de ocurrir.

—Distrae a tus muchachos en lo que me escabullo.

—¿No será arriesgado? —murmuró Antoni.

—Siempre lo es, querido, pero no tienes nada que temer. Soy la más discreta de las sombras cuando quiero.

Aunque le costaba creerse que alguien con tanta presencia pudiera, a su vez, ser invisible, Antoni confió en él.

—¿Cuándo? —se atrevió a volver a preguntarle, pues anhelaba probarle de nuevo. Que él acariciase también el cielo.

—El viernes, al amparo de la luna. —Fede acercó esos labios que le habían robado la cordura y le susurró al oído—: La aurora nos unió sobre la cama, las bocas puestas sobre el chorro helado de una sangre sin fin que se derrama[2].

Antoni, haciendo de tripas corazón, comprobó que estaba presentable y salió. Cuando Fede se metió en el baño para los clientes, cerró el cuarto con llave y subió las escaleras. Luego se aseguró de que sus empleados no tuviesen otra que centrarse en él.

—Buenos días, don Antoni.

—Buenas. ¿Se puede saber qué desastre me dejasteis montado ayer? Fregad bien toda la entrada, que parece un chiquero.

No quiso mirar atrás para no levantar sospechas, sino que se limitó a creer con fe ciega que Fede, como un gato negro cauteloso y con las siete vidas intactas, se había esfumado.

Y pese a la sensación de ingravidez que lo embargaba, también la inquietud se instaló en el centro mismo de su pecho, al preguntarse si no había cometido un error garrafal al mezclar lo prohibido con su medio de vida.

---

1 Pan tumaca (pan tostado con tomate rallado, aceite de oliva y sal)

2 *Noche del amor insomne*, Federico García Lorca (1935)

Capítulo siete

Año 1986



Fede terminó de colocar la mesita que había vestido con todo lujo de detalles en la terraza. Aquel espacio al aire libre, generoso y decorado con decenas de macetones, había sido el principal motivo que lo llevó a decantarse por la casa, cuando más de veinte años atrás se lanzó a la aventura de invertir en su propia vivienda. El rumor del mar acompañaba a la luz tenue de los candiles prendidos, así como el resplandor de las pocas farolas que, desde la calle trasera, bañaba el espacio.

Sonrió, satisfecho, y abrió la botella de vino para que se fuese aireando. A las nueve en punto sonó el timbre.

Cada vez que Antoni acudía a visitarle, se sentía rejuvenecer. Como si todos los achaques a los que se negaba a prestar atención desapareciesen por arte de magia, y sus pasos se volviesen tan ágiles que parecía volar en dirección a la puerta.

Pero como todos los hechizos, ese también se desvaneció cuando el recién llegado le recalcó lo que no podía seguir ignorando: el caos «artístico» en el que se pasaba inmerso la mayor parte del tiempo.

—Pero hombre, ¿no me dijiste la última vez que te ibas a tomar en serio lo de poner un poco de orden? —suspiró Antoni nada más le abrió la puerta. Sostenía entre las manos una bandeja protegida con papel de plata.

—Ya lo haré ahora que voy a tener tiempo libre —volvió a restarle importancia, y mientras lo hacía pasar añadió, pagado de sí mismo

—: Esto con la ayuda del Tino y la Montse se arregla en un periquete.

Antoni, no demasiado convencido, accedió a la vivienda. Lo escuchó cerrar la puerta a sus espaldas mientras contemplaba, no sin cierta aprensión, el panorama en la sala de estar: por todos lados había libros apilados. En las estanterías, que por la acumulación de volúmenes —y polvo— se encontraban al borde del colapso. En la amplia mesa del comedor, que desde hacía años no cumplía sus funciones principales. En el suelo, formando columnas caprichosas que bien podrían competir con la torre de Pisa. Tónica que se repetía en el dormitorio principal y en el de invitados, hasta en el servicio, pues al habitante de aquella casona le gustaba leer mientras se daba un largo baño.

—Además, ¿para qué tienes tantos libros?

—La lectura es el alimento del alma.

—No te lo niego, pero ¿cuántos de todos estos te quedan por leer?

—Pocos, en verdad —reconoció Fede.

—¿Y para qué los conservas entonces?

La Meri, con una de sus risotadas profundas, le dio una palmada en el hombro y allí dejó la mano puesta, mientras sorteaban obstáculos en dirección a la terraza.

—Solo hay un placer mayor que la lectura: el de la relectura.

Una vez ambos en el exterior, Antoni perdió momentáneamente el habla al sentirse rodeado por aquel ambiente creado con tanto esmero. La luz suave de fondo, acompañada de las notas doradas de las velas en los candiles, añadían una nota que hasta él mismo podía considerar romántica.

Que se hubiese tomado, una vez más, tantas molestias, le causó un malestar profundo al sentir que no estaba a la altura.

—He traído sobras de la cocina del café —murmuró.

—¡Estupendo!

Fede siempre celebraba cualquier nimiedad como si fuese un evento único, aunque se tratara de unas tristes croquetas y media ración de sepia a la plancha. Unas ganas locas de vivir que en el

fondo admiraba, y que había sido uno de los aspectos de su persona que le terminaron de conquistar.

Aunque no lo reconociera abiertamente. Y aunque, también en el fondo, le diera rabia, porque por mucho que quisiera, no había manera de dejarse contagiar por su entusiasmo.

Fede sirvió vino en dos copas anchas, y tras tomar asiento a la mesita de mimbre, brindaron. Había platos y cubiertos, así como servilletas de lino. Solo faltaba música, pero para eso tenían el rumor del mar.

Fede fue el primero en romper el silencio. Como era habitual desde que ambos habían empezado a intimar, lo hizo hablándole en catalán:

—Querido, *segueixes sense dir-me què penses de la meva jubilació*[1].

Antoni, tras limpiarse los labios en la suave tela, fue sincero:

—Comprendo que estés cansado, pues son ya muchos años y tener que estar todo el santo día yendo y volviendo de Barcelona es una paliza, pero… —Alzó la barbilla para mirarle a los ojos y se lanzó —: La enseñanza es tu gran pasión. ¿Estás seguro de querer renunciar a ella?

—Seguiré enseñando, solo que a otra escala. Ahora es momento de dedicarme a otras pasiones… —Sin dejar de sostener el verde de sus iris, empezó a enumerar—: La vida sin reloj, cultivar las amistades…

—¿Más todavía? —insinuó Antoni, pues si había alguien sociable por naturaleza en aquella terraza, era la Meri.

—Hacer algún viaje —siguió repasando la lista mental—, que ya es hora. Mucho he recorrido gracias a las letras, pero hay tantos lugares que me gustaría conocer en persona…

—Pues la pensión que se te va a quedar no te creas que da para mucho —le volvió Antoni a poner los pies en la tierra.

—De aquí y allá algo se araña, y también tengo guardado mi colchoncito, ya sabes.

—Pues a mí la pensión que me ha dicho el gestor que se me va a quedar es de risa —murmuró Antoni—. Maldita la gracia lo de ser

autónomo en este país…

Entonces, se dio cuenta de que lo había soltado así, a bocajarro.

Y que Fede lo miraba con su sonrisa sempiterna en los labios, y una expresión que, en lugar de denotar enfado o irritación, rozaba la ternura.

—Si ya sabía yo que algo estabas barruntando…

Antoni suspiró.

—Yo sí que estoy cansado —volvió a murmurar—. Abrir cada mañana el café se me hace un mundo.

La mano de Fede, grande y de dedos largos y robustos, esos que no habían conocido alianza alguna, se posaron sobre los suyos.

—Tú también te mereces dedicarte a otras pasiones.

—¿A cuál? La mía siempre ha sido el trabajo.

—Date tiempo para descubrirlas. —Sin perder la oportunidad de tirarle el anzuelo, Fede volvió a insinuar—: Podrías empezar mudándote aquí conmigo.

Antoni volvió a suspirar, con hartazgo.

—Ya estás otra vez con esas…

—Es una soberana estupidez que sigas pagando un alquiler cuando aquí hay espacio más que de sobra para los dos.

—Permíteme dudarlo —recalcó, en referencia a los cientos, por no decir miles, de volúmenes acumulados por doquier.

Fede, astuto, le dio un nuevo sorbo al vino y fue a por la última croqueta de pollo asado.

—Esto es un manjar de dioses —la alabó, para, acto seguido, volver al ataque—: Te propongo un trato: yo me comprometo a reubicar mi biblioteca personal, y t…

—Reubicar no significa moverlo todo a otra habitación, ¿verdad? —lo interrumpió.

—Y tú —continuó, ignorándolo—, a cambio, te comprometes a valorar, esta vez sí, mi propuesta.

Antoni sintió que de nuevo la congoja le estrujaba un nudo que guardaba, prieto y tenso, en el pecho.

—¿Y convertirnos en dos viejos maricas que viven juntos? —insinuó en voz baja.

En lugar de ofenderse, Fede replicó, como si tal cosa:

—¿Convertirnos? Es lo que somos, querido. Y ahora que nadie nos va a llevar al cuartelillo por escándalo público o atentar a la moral, ¿qué nos lo impide?

«Nada», reconoció Antoni para sus adentros, pero la costumbre y la inercia eran malas compañeras. También en ese sentido, le costaba seguir el ritmo al que Sitges y el mundo entero estaban cambiando.

De pronto, reparó en cierto detalle.

—Sí que hay algo que nos lo impediría.

—¿El qué?

—¿Te ves con ánimos para organizar esta leonera a corto plazo?

—Define «corto plazo» —pidió Fede que le concretase.

—No puedo decírtelo con certeza, pero espero que sea cuestión de semanas. Lo que tarde en aparecer el primero al que le interese que le traspase el negocio.

Fede volvió a sostenerle la mirada, pero a sus ojos azules asomó un brillo inquieto.

—¿Cómo que al primero?

—Con tanto turismo, digo yo que en cuanto ponga el cartel en la puerta, aparecerán candidatos —siguió Antoni a lo suyo.

—¿No vas a elegir a quién se lo traspasas?

—¿Para qué? Solo quiero quitármelo de encima y recuperar lo invertido.

Y entonces, a la luz de los candiles y de la luna medio llena que reinaba en lo alto, Antoni fue testigo de cómo el brillo azulado se volvía acuoso al hacer aparición las lágrimas.

—¿Con todo lo que ha supuesto el Café del Mar para nosotros, con todas las historias que han tenido lugar en él, de verdad que pretendes pasárselo al primero que venga a ponerte billetes en las manos?

Sostuvo el fulgor de aquellos dos pequeños mares por tanto serenos, pero ahora embravecidos.

Un nuevo silencio se apoderó de la noche, y por primera vez en tantísimos años, Federico, pero no el «más grande», el *granaíno*, sino su Fede, se incorporó para marcharse a saber dónde y ahí lo dejó, a solas.

Antoni, mientras apuraba el vino mirando al vacío, reconoció para sus adentros que era justo esa reacción la que desde un principio temió obtener.

Y reconoció también que, aunque doliera, se la merecía.

---

1 Querido, sigues sin decirme qué piensas de mi jubilación.

Capítulo ocho

Año 1963



Los viernes por la noche eran los momentos en los que el Café del Mar acusaba mayor ocupación, sobre todo si, como era el caso, coincidía con primeros de mes. Media Sitges parecía dispuesta a gastarse parte del recién cobrado salario en beber y cenar en un entorno tan privilegiado como aquel, y la afluencia de parroquianos, tanto en el interior de sus instalaciones como por los alrededores, era notoria.

Quizás por ello a nadie le llamó la atención que cuatro jóvenes se hubiesen apeado de un tren proveniente de Barcelona, para pasarse la tarde y las primeras horas tras el ocaso deambulando por el paseo de la costa. Disfrutaron primero del distendido ambiente y, con discreción, se situaron en la trastienda del café a las once menos cinco, justo después de que uno de los mozos que ahí trabajaban sacase la basura por la puerta del personal.

Esa era la señal que estaban esperando, y una quinta sombra se les unió sin que supieran bien de dónde había salido.

—Buenas noches, queridos.

Los jóvenes, aliviados al reconocerle por la dicción, replicaron en un susurro:

—Buenas noches, profesor Jover.

—De profesor, nada. En esta velada mágica, para vosotros soy Fede. Seguidme con cautela y sin miedo, que estamos seguros.

En realidad, no era así. Uno nunca podía tener certeza absoluta sobre si una reunión estaba exenta de riesgo, pero Fede se había

empeñado en que su club de lectura «selecto», porque se negaba a denominarlo «clandestino», fuese una realidad.

Así que actuó como llevaba haciéndolo toda la vida cuando necesitaba que los demás confiasen en él: aparentando tenerlo todo bajo control.

Abrió la puerta, echó un vistazo y comprobó que el silencio y la penumbra reinaban en el interior del café. Luego escuchó el carraspeo con el que Antoni le indicaba que tenían vía libre.

—Por aquí —les dijo a sus alumnos.

Estos accedieron y cerraron tras ellos. La comitiva descendió por las escaleras hasta el sótano, y ahí, empleando la llave que el dueño del negocio le había cedido, Fede abrió una segunda puerta.

Solo cuando estuvieron todos dentro, y no sin cerrar antes a cal y canto, Fede prendió la luz.

Cuatro exclamaciones de asombro brotaron de las jóvenes gargantas.

El cuarto parecía otro con un toque aquí y otro allá. Mantas y almohadones de vivos colores vestían el suelo y el camastro. La triste bombilla que hacía de fuente de iluminación principal estaba acompañada de varios candiles de latón, cuyas velitas el propio Fede se encargó de encender con las cerillas que llevaba guardadas en la chaqueta.

Y, como culmen de aquel delirio, lo que los aguardaba encima de la mesita, que al estar también cubierta por una manta a modo de mantel ya no parecía tan austera. Tampoco importaba demasiado su aspecto, pues nada podía eclipsar a los dos ejemplares de *La casa de Bernarda Alba*, editados en Buenos Aires, que descansaban sobre su superficie.

—Tomadlos por parejas y leed. Sumergíos en sus páginas, volad con el poder de la palabra y sentid la libertad que anhelan sus personajes —los alentó.

—¿Y tú, Fede? —le preguntó uno de los muchachos, tuteando a su profesor como este les había pedido.

—Yo llevo grabada cada sílaba —afirmó, tocándose el pecho—. Dentro de una hora, debatiremos sobre lo que haya dado de sí la sesión.

Mientras los estudiantes se sentaban sobre los mullidos almohadones, con sus ojos y semblantes brillando de emoción, ansiosos por devorar aquellos actos, cuadros y escenas prohibidos por el régimen, Fede tomó asiento al borde del camastro.

Al tiempo que sus elegidos se sumergían en aquellas páginas que iban pasando con delicadeza y veneración, fue incapaz de no evocar el recuerdo de cómo él mismo, sobre esa cama y apenas un par de noches atrás, había sido devorado y había devorado con igual delicadeza y veneración, pero también con furia apasionada. Esbozó una sonrisa y cruzó las piernas, para disimular de paso los efectos que tales recuerdos obraban sobre cierta región de su anatomía.

Anhelaba volver a desperdigar sus ropas por doquier entre esas paredes. Hincar las rodillas desnudas sobre aquella colcha, aferrarse al burdo cabecero de metal y jadear sin medida, dejando que el subsuelo y el diáfano espacio que tenían sobre sus cabezas amortiguase sonidos delatores al cobijo de la noche, cómplice de los amantes condenados a buscarse en el anonimato.

Cuando llevaban quizás veinte minutos de sesión, a Fede el corazón le dio un vuelco. Sus muchachos, paralizados como cervatillos, contuvieron el aliento.

Y es que desde arriba les llegaron dos sonidos secos.

Era la señal de Antoni: dos patadas en el suelo del café significaba «guardad silencio absoluto». Fede hizo un gesto con la mano llamando a la calma, y los cinco, inquietos, contuvieron la respiración durante segundos que les parecieron eternos.

Un tercer golpe en el suelo los hizo soltar, aliviados, el aire retenido en los pulmones.

Era otra indicación. «Falsa alarma».

—Seguid, queridos —los alentó, satisfecho al comprobar que los había instruido bien en aquel código, cuyo conocimiento era requisito indispensable para formar parte del club.

Pasado el tiempo acordado, se enfrascaron en una charla donde analizaron cada detalle, cada mensaje que podría extraerse del texto. Recitaron en alto varios pasajes, y Fede, pletórico, supo que aquello era lo correcto.

¿Cómo podía estar mal que una obra escrita hacía casi treinta años despertase de tal forma sus corazones, removiendo sus almas y uniéndolas en una comunión que, por sus circunstancias, parecía una reunión de brujos?

—Tus hijas están y viven como metidas en alacenas. Pero ni tú ni nadie puede vigilar por el interior de los pechos[1] —recitó, solemne, cuando les indicó a los jóvenes que era el momento de partir.

Abrió la puerta con la llave, cuya cadenita pendía ahora de su cuello, subió el primero a la planta principal del café y, tras comprobar que no había movimiento alguno más allá del que detectó en el mostrador, los llevó a la trastienda. Les dedicó más miradas cargadas de afecto, más sonrisas.

—Tened cuidado.

—Sí, profesor Jover —se despidieron ellos, como entendiendo que de nuevo debían resguardarse tras sus máscaras.

—Hasta el lunes.

Fede permaneció ahí unos segundos, los suficientes para comprobar que los jóvenes se mezclaban con la oscuridad del callejón para ir a parar a la avenida costera. Luego debían marchar directos a los apartamentos donde habían reservado un par de habitaciones, haciéndose pasar por visitantes que, tras perder la noción del tiempo por el agradable paseo, llegaban al establecimiento a hora tardía.

Cerró el café y acudió al encuentro de quien, como siempre, mataba el tiempo con trabajo.

—Ponme un vinito, Antoni.

Él, por una vez, no le echó en cara la petición. Sacó dos copas y las llenó hasta la mitad.

—Esos jóvenes son brillantes —elogió Fede a sus alumnos mientras contemplaba el fondo carmesí que sostenía en la mano.

—Si tan brillantes son, ojalá logren marcharse a Francia, y de ahí a donde puedan explotar su talento sin restricciones —murmuró Antoni.

—No —sentenció—. Son tan brillantes que espero que tengan un futuro prometedor en este país.

—Qué optimista eres…

—Tengo esperanza y creo, con el corazón en la mano, en lo que está por venir.

Antoni apuró su copa.

—Yo de lo que tengo esperanza, es de dormir de un tirón esta noche. Más os vale que me hayáis dejado todo en orden.

Fede rio. Luego se sacó la cadenita del cuello y se la puso a él. La llave emitió un destello entre el vello castaño de su pecho. Luego le cerró la camisa a Antoni.

—Parece una leonera bohemia, para qué mentirte. —Se acercó un poco más a él, apoyado en la barra, y susurró—: Excusa más que suficiente para que un buen amigo te ofrezca pasar la noche en su casa. Hay habitación de invitados.

—No.

—Tenía que intentarlo.

Antoni se apoyó también en la barra.

No quería dormir solo.

—Vuelve a intentarlo.

Fede esbozó una media sonrisa. Astuto como un zorro, escaldado por sus siete vidas de gato, reformuló la petición:

—¿Puede un buen amigo ofrecer su ayuda para poner orden en tu cuarto? Aunque quizás acabe tan cansado que prefiera pasar la noche contigo.

—Pero solo si en la cama me empiezas a leer ese libro por el que te estás tomando tantas molestias, y me las estás causando de paso a mí —replicó, incitador aunque sin perder el tono severo.

Las campanillas de la risa de Fede repiquetearon, llenando de vida el Café del Mar.

Esa fue la noche en la que empezó a leerle de madrugada los infortunios de las hijas de la viuda Bernarda. Y aunque no llegaría a decírselo abiertamente, Antoni no tardó en considerar aquellos momentos, cuando piel contra piel le escuchaba recitar la obra con la cabeza apoyada en su torso, como sus favoritos del mes entero.

---

1 *La casa de Bernarda Alba*, Federico García Lorca (1936)

Capítulo nueve

Año 1986



Antoni terminó de fregar los platos, cubiertos y copas. Enjabonó cada elemento a conciencia, tomándose su tiempo, para aclararlos y secarlos con un paño hasta dejarlos relucientes. No era que sintiese especial afecto por aquella vajilla, más bien la necesidad de llenar, a base de concentración en la tarea, el vacío y el silencio que imperaba en esa casa siempre rebosante de vida.

Había apagado las llamas de los candiles, y cerrado la puerta acristalada que conducía a la terraza. La brisa que entraba por otra de las ventanas paliaba el bochorno húmedo de aquella noche de verano, pero no conseguía calmar la inquietud de su corazón.

Fede llevaba más de una hora en paradero desconocido. Aunque a lo largo de los años sus ausencias habían sido numerosas, el que estas estuviesen justificadas por motivos laborales lo ayudaba a combatirlas. Sin embargo, era la primera vez que se iba de su lado de forma deliberada. La primera en que, a raíz de una conversación, lo veía tan dolido, tan devastado como para imponer distancia.

Por ello, no fue tras él.

Quería darle su espacio, y también el propio Antoni lo necesitaba.

Una vez terminó de recoger la cocina, se sentó en el sofá rodeado de montañas de libros y plantas de hojas lustrosas.

Mil y un pensamientos lo asaltaron. Cientos de escenarios imaginarios desfilaron ante sus ojos.

El reloj de péndulo le hizo saber que no faltaba tanto para la medianoche, y empezó a plantearse si no sería mejor marcharse a

casa. Aunque con la edad el sueño se le había vuelto más ligero, lo cierto era que le costaba un esfuerzo titánico mantenerse en pie más allá de las diez.

De ahí que hubiese acortado el horario de apertura del café en el último lustro. De ahí también que, aunque comprendía los motivos esgrimidos por Fede, estuviera más seguro que nunca de que no quería seguir al frente del negocio.

El ruido de la puerta principal abriéndose le cortó las divagaciones. Distinguió por el rabillo del ojo su figura inconfundible, y cuando Fede tomó asiento a su lado, sintió tanto alivio como pesar.

El silencio se prolongó por espacio de varios segundos, hasta que el recién llegado tuvo el valor de romperlo:

—No me pidas que no me sienta dolido.

—En ningún momento ha sido mi intención.

—Es solo que no me entra en la cabeza, Antoni… —Fede giró el rostro para mirarlo a los ojos; aunque compuesto, su semblante seguía careciendo de la jovialidad habitual—. Con lo que ha supuesto el café no solo para nosotros dos, sino para las integrantes del club…, de los dos clubes —puntualizó—. Un lugar que ha sido bastión de la libertad para tantas personas merece qu…

—¿Bastión de la libertad? —lo interrumpió—. Más bien, ha sido nuestra jaula de oro.

—El mundo se empeñó en ser nuestra jaula. Y tú, en tu generosidad, nos diste a nosotros, pobres pájaros con las alas rotas, un nido al que regresar en busca de cobijo. —Fede depositó la mano sobre la rodilla de quien permanecía a su lado, y este se estremeció al contacto—. No lo quieres ver o más bien aceptar, pero nos has salvado a muchos de ahogarnos, empezando por mí.

Antoni siguió callado, sobrepasado por las palabras, esas que no lograban permear la coraza con la que siempre se había protegido de la crueldad del mundo.

—Insisto: entiendo que quieras descanso, que la hostelería es sacrificada y mucho te has deslomado ya —continuó Fede—, pero que el café acabase en manos de la especulación me destrozaría.

Su mano seguía sobre la rodilla de Antoni, y este depositó la suya, a su vez, sobre los cálidos dedos que lo reconfortaban.

—Ya has visto cómo está cambiando todo —murmuró—. ¿Quién garantiza que aunque me tome las molestias de seleccionar a quién le traspaso el negocio, luego no lo transforme a su antojo?

—Ahí es donde entra en juego la magia de creer, la fe ciega. El duende, el instinto o como quieras llamarlo.

—Tú siempre tan optimista…

—Por algo fui receptor del cáliz de la esperanza —se jactó Fede, orgulloso.

La mención de la copa verde hizo que Antoni retirase la mano lentamente y, abatido, confesara:

—Es una patraña… Siempre lo ha sido.

—¿El qué?

—Me la encontré en una caja del almacén. Me inventé eso de que la había usado Lorca cuando estuvo por Sitges.

Fede, en lugar de volver a romperse al sentirse traicionado, esbozó una de sus cálidas sonrisas, y con la voz teñida de afecto susurró:

—Supe desde la primera noche que esa leyenda en torno al cáliz era una mentirijilla tuya para terminar de conquistarme.

Antoni, sorprendido a la par que avergonzado, reunió el temple para seguir sosteniéndole la mirada.

—¿Y has estado todos estos años siguiéndome la corriente?

—Qué más da quién usara la copa y cuál es su historia. Lo importante es la mitología que ambos construimos a su alrededor. Como pasa con el café, ¿entiendes? A eso me refiero con la magia de la fe ciega.

Antoni asintió con un lento cabeceo.

Se sentía cansado. Muy cansado.

—Un mes —volvió a murmurar.

—¿Un mes para qué?

—Para que termines de convencerme de que vale la pena alargar la agonía en lugar de cortar de raíz.

Fede rio, devolviendo la vida a cada rincón de aquella estancia y de las contiguas.

—Eso está hecho… Ya acepté el reto no una, sino dos veces antes, cuando te demostré que mis clubes merecían ser más que

una utopía.

Tras semejante afirmación, Fede se incorporó y le tendió nuevamente la mano.

—Dame un mes tú a mí también.

—¿Qué pretendes? —se extrañó Antoni.

Y Fede, mientras tiraba de él en dirección a la alcoba principal, replicó:

—Convencerte para que te vengas de una vez por todas a vivir aquí, conmigo.

Capítulo diez

Año 1970



En aras de mantener discreción absoluta en torno a lo que los unía, cada vez que Fede se ausentaba del Café del Mar por espacio de varios días, Antoni hacía sus mejores esfuerzos por, simplemente, dejarlo estar.

No habría sido apropiado preguntarle a los clientes por su paradero, y mucho menos acudir a su domicilio, cuya dirección Fede le había facilitado en más de una ocasión entre las sábanas.

¿Qué clase de empresario serio y respetable traspasaría la línea que separaba lo cortés de la confianza excesiva? Él no, desde luego.

Pero aunque en apariencia se mostraba imperturbable ante la rutina, llevaba la procesión por dentro. No era extraño que de vez en cuando Fede no acudiese por las tardes al café durante dos o tres días seguidos, pero nunca, desde que irrumpió en su vida, se había ausentado durante dos semanas. En concreto, desde el último club de lectura dominical, cuando tras dar por concluida la sesión, indicó que debía marcharse esa misma tarde a Barcelona por razones académicas.

Llegó a pensar incluso en llamar a la facultad y preguntar por el profesor Jover, pero la idea de levantar la más mínima sospecha lo llevaba a contenerse.

El mundo seguía girando, evolucionando. Cada vez llegaban más visitantes a Sitges en busca y captura del buen tiempo, y el ritmo de trabajo era frenético. Las vestimentas de quienes se adentraban en el local, influenciadas por las modas que llegaban de más allá de la

frontera, poco tenían que ver con aquellas que había lucido cuando tenía la misma edad que los muchachos y muchachas a los que servían en las mesas. No abundaban, pero de vez en cuanto entraban hombres luciendo melenas tan largas como las de ellas.

Hombres que parecían inmunes a las miradas que, entre el asombro y el desprecio, les dirigían los mayores en las calles y en lugares públicos.

A sus cincuenta años, Antoni se sentía demasiado lejos de esa nueva generación. No como Fede, quien, acostumbrado a codearse con estudiantes, encontraba en las corrientes juveniles una fuente inagotable de energía, un estímulo continuo para el espíritu y el intelecto.

Él no aspiraba a mucho más que a vivir tranquilo, aunque eso implicase dedicarse en cuerpo y alma al negocio, pasar la mayor parte de sus noches a solas en el diminuto apartamento en el que, desde hacía un par de años, vivía de alquiler, y resguardarse, en aquellas en las que contaba con compañía, en el cuarto que aún guardaba cerrado.

Con tal de matar la inquietud, al término de la jornada anterior había dedicado sus últimas fuerzas a limpiarlo a fondo. Lo cierto era que Fede y sus alumnos, quienes seguían reuniéndose ahí a principios de cada mes para debatir sobre obras que era mejor no leer a la luz del día, lo cuidaban y lo mantenían en orden, pero el paso del tiempo se iba cebando poco a poco con aquel espacio austero.

Barrió y fregó. Lustró los muebles, y también se dedicó a investigar qué demonios había en las cajas que permanecían sin abrir en el interior de la trampilla oculta por el camastro. Cajas que, por falta de tiempo, ni se había molestado en inspeccionar al tomar las riendas del negocio.

Halló en estas menaje funcional pero anticuado. Sostuvo la última, de madera e impregnada de polvo y olor a humedad. Valiéndose de un cuchillo romo, hizo palanca hasta que logró soltar la tapa, y lo que encontró llamó su atención poderosamente.

Se trataba de un par de botellas de Freixenet. No era un experto en cavas, pero por la forma de dichas botellas, calculó que debían de

tener más de veinte años. Quién las había escondido ahí, era un misterio. Junto a las botellas, había una copa de vidrio verde.

Sencilla, sin artificios más allá del coloreado.

La ausencia de Fede volvió a espolearle.

Verde, que te quiero verde.

En lugar de plantearse cómo sacarle beneficio económico, dejó sobre la mesita del cuarto la copa y una de las botellas.

Antes de cerrar con llave, observó el «bodegón». La copa relucía, como llena de vida, rodeada de aquel escenario tan lúgubre.

Subió a la planta principal, y cuando estaba a punto de emprender el rumbo al hogar bañado por la luz de la luna, acompañado por el rumor de las olas y las preocupaciones, tres toques certeros a la puerta del personal hicieron que el corazón, sobresaltado, le bailase en el pecho.

Solo podía ser él.

Abrió, y allí estaba.

Quiso preguntarle dónde demonios había estado metido. Reprocharle que no hubiese dado señales de vida. Echarle en cara lo mucho que le había costado mantener la calma, apartar pensamientos funestos sobre si habría tenido algún encontronazo con las fuerzas del orden. Si su supuesta habilidad para camuflarse según los entornos, ser la más discreta de las sombras cuando era necesario, le había traicionado.

Pero en lugar de emplear los labios en ello, los dedicó a acorralar los que tenía delante en cuanto cerró tras ambos.

Los besos, ansiosos, parecieron preguntar y a su vez dotar de respuestas. O más bien postergarlas, porque tenían mucho de lo que hablar.

—Me tenías angustiado… —musitó contra su boca entreabierta.

—Ha ocurrido algo apasionante, querido —replicó, y entre más besos acertó a añadir—: La revolución es inminente, no ha hecho sino…

Pero Antoni no le dejó continuar. Lo acalló con ansias, arrastrándolo, y ahí mismo, faltando a sus principios de prudencia y discreción absolutas, lo hizo suyo, ocultos ambos por el mostrador tras el que tantas horas pasaba cada día. Rodeados de cafeteras

industriales, grifos de cerveza y los malditos vasos de tubo que abrillantaba una y otra vez, mientras se adentraba en su cuerpo y los jadeos y gemidos colmaban el ambiente, cortando el silencio del Café del Mar.

Capítulo once

Año 1986



La suave brisa que entraba por el ventanal y agitaba las cortinas de visillo despertó a Fede. Aún era temprano, y la claridad que empezaba a desparramarse sobre la costa de Sitges se adentraba, tímida pero indomable, en la habitación.

Esbozó una sonrisa al contemplar el rostro de quien seguía dormido a su lado. Compartiendo lecho y sábanas de corte fino que un buen amigo le había traído de Portugal, pero no así almohada. Y es que por algo Antoni contaba con una propia ahí, en la casona, desde hacía más años de los que recordaba.

A quién quería engañar… Claro que sabía exactamente desde cuándo la guardaba en un estante del armario, siempre lista para cuando quisiera pasar ahí la noche. Llevaba la cuenta de los meses, las semanas y los días. Y también la del tiempo que hacía que llevaban el uno en la vida del otro.

El paso de los años le había ido cincelando, pero a él seguía pareciéndole el más guapo, el de la presencia imponente, las convicciones férreas y el corazón de oro, por mucho que se empeñara en mantenerlo oculto.

Deslizó la mirada por cada arruga, por cada recoveco de piel que hablaba de vivencias acumuladas. Por cada nueva curva expuesta de su cuerpo. Por la cadenita dorada de la que pendía la llave del cuarto, ese que ya no usaban como antaño, pero que conservaba «por lo que pudiera ocurrir».

Fede ya había aceptado que con lo que les había tocado vivir, la incertidumbre siempre volaría sobre sus cabezas. Que aunque una corriente de optimismo desmesurado estuviese esparciéndose a lo largo del país, los cambios siempre podían producirse y, con ellos, el retroceso.

Antoni se enfrentaba a ese «no saber» manteniendo cautela. En cuanto a él mismo, sonreía. Con ganas, con ilusión. Viéndolo todo de color de rosa. Y verde. Siempre verde.

Decidió levantarse, desoyendo las protestas de su cuerpo cuando se fue incorporando con lentitud para no despertarle, pero también para que el crujir de las articulaciones fuese más llevadero. Se cubrió con su batín de seda, se calzó las zapatillas a juego, y sin prestarle más atención de la necesaria a los achaques —las jugarretas de la próstata, la vista siempre cansada o los despistes al no encontrar este o aquel objeto en el entorno doméstico, por citar algunos—, fue directo a la cocina, en donde se puso a silbar una tonadilla mientras ponía en marcha la cafetera italiana tras moler los granos.

El amargo néctar empezó a burbujear y su aroma se esparció, como la luz del Mediterráneo, por la cocina, el pasillo y las habitaciones. Fede, quien acababa de tomar asiento en la terraza, no se sorprendió cuando Antoni hizo acto de presencia.

Y es que esa siempre había sido la mejor manera de arrancarlo de entre los brazos de Morfeo.

—Buenos días.

—Buenos días —replicó con una sonrisa, y haciéndole un gesto lo instó a tomar asiento junto a él—. ¿Solo?

—Sí, por favor.

Antoni, vistiendo las ropas con las que había llegado la noche anterior, degustó la bebida en silencio. La temperatura aún era agradable allí, rodeados de plantas. En apenas unas horas, el bochorno sería insufrible.

—¿Tienes papel y bolígrafo?

—Donde siempre —indicó Fede.

Antoni se ausentó por espacio de un par de minutos, tras los que regresó con el bloc de notas y el bic que había sustraído de la mesa camilla donde descansaba el teléfono.

Fede, con una pierna cruzada sobre la otra, de forma que el brillante tejido adoptaba formas caprichosas sobre su cuerpo, le observó mientras empezaba a escribir.

—¿Qué redactas? —preguntó, curioso.

—El anuncio por palabras.

Fede sirvió otra ronda de café. Mientras removía con una cucharilla para endulzarlo, observó:

—Qué poético… Llegaste a Sitges gracias a uno de esos anuncios, y ahora te dispones a cerrar el círculo con otro.

—Es más elegante que poner un cartel en la fachada.

—Desde luego.

Antoni releyó lo que había garabateado y lo tachó. Luego volvió a empezar.

Fede, inmutable, fue testigo de cómo repitió la operación un total de cuatro veces hasta que, malhumorado, farfulló:

—Imposible.

—Nada es imposible, querido… Y cuando lo parece, es cuestión de dejar la tarea en otras manos más expertas.

Como pillando al vuelo la indirecta, Antoni le tendió tanto el cuadernillo como el bolígrafo.

—Pero no te vayas por las ramas.

—Confía en mí. Por algo acumulé experiencia escribiendo mítines y panfletos —afirmó Fede con una de sus célebres risotadas.

Y sin embargo, a ojos de Antoni todas sus propuestas eran demasiado rimbombantes. Demasiado líricas.

—Ve al grano —insistía con desespero—. Que es un anuncio, no una antología.

—Solo un par de licencias, para darle lustre.

Antoni suspiró. Mantuvieron aquel tira y afloja hasta que ambos estuvieron conformes con el resultado.

«Café histórico en entorno privilegiado busca alma inquieta que desee perpetuar su esencia junto al mar».

—Tendrías que haberte dedicado a la escritura en vez de a la docencia, visto lo visto —sentenció Antoni, en referencia a las páginas y páginas de descartes que se acumulaban sobre la mesita de mimbre que tenían ante ellos.

Fede volvió a reír con ganas.

—Lo cierto es que prefiero seguir disfrutando de la literatura desde el otro lado, pero no niego que me habría gustado hacer mis pinitos…

—Nunca es tarde, y menos para alguien como tú.

—Quién sabe… Quizás me decida de una vez a emular al más grande y partir a Nueva York. Sacarme de dentro un poemario inspirado en la Gran Manzana y sus gentes —se permitió Fede el lujo de soñar despierto.

Porque los sueños, sueños eran. Algunos inalcanzables. Otros, inabarcables. Pero siempre posibles cuando no salían de la cárcel del intelecto y el corazón.

Antoni se lo quedó mirando hasta que, movido por el afán práctico, se guardó la nota manuscrita en el bolsillo delantero de la camisa.

—¿Te marchas ya? —preguntó Fede.

—Sí. Aún me toca abrir al público.

Lo acompañó a la salida. Ahí, ante la puerta, le colocó las solapas. De paso, le abrió un botón más el cuello.

—Hace calor —se justificó.

Antoni lo dejó estar. No se despidieron con un beso ni con palabras vacías, pues daban por hecho que volverían a verse poco después, cuando Fede, fiel a sus costumbres, se dejase caer por el café en calidad de cliente.

El aún dueño del negocio se abrió camino por las calles prácticamente desiertas, y siguiendo la estela de la brisa recaló en la avenida costera. Los veraneantes más madrugadores ya ocupaban su porción de arena en la playa. El Marcial y el Oriol, como si la cosa no fuera con ellos, conversaban sobre los resultados todavía recientes de los comicios, aguardando a que el cartelito de cerrado cambiase al de abierto, y una jornada más diera comienzo en aquel tórrido verano en Sitges.

Y sin embargo, no fue otra cualquiera, porque Antoni, aprovechando un descanso para hacer uso del teléfono de la trastienda, encargó que el anuncio fuese publicado a la mayor brevedad en varios periódicos locales.

Y lo hizo sin poder quitarse de la cabeza las alusiones de su amante, su pareja, a ese viaje que tanto anhelaba.

Uno que llevaba postergando toda la vida.

Capítulo doce

Año 1970



Pasada la algidez del momento, y no sin antes asegurarse de que nada podía delatar lo que acababa de ocurrir tras el mostrador del café, Antoni y Fede recopilaron sus ropas y descendieron al sótano.

Ahí, al resguardo de su cobijo, compartieron el camastro y se cubrieron con las sábanas y mantas que, aunque toscas, cumplían su cometido.

Mientras Fede jugueteaba con la llavecita que descansaba sobre su pecho, Antoni demandó más información:

—Cuéntame a qué viene el entusiasmo revolucionario.

Fede sonrió y se incorporó apoyándose sobre un codo.

—Me he unido a un grupo a través de unos amigos. Lo creas o no, cada vez somos más los que estamos hartos de que nos silencien, de que nos repriman y nos mantengan ocultos como alimañas.

Antoni le sostuvo la mirada, serio aunque receptivo.

—Nos organizamos en reuniones discretas, ya sabes…

—¿Tan discretas como las que montas aquí con tus alumnos?

—Por el estilo… Seis, siete personas a lo sumo. Queremos fundar un movimiento por la liberación homosexual.

Quien atendía suspiró.

—Estáis jugando con fuego…

—Lo sé, pero estoy dispuesto a quemarme. Lo de Nueva York el año pasado fue como la piedra lanzada al estanque, y las ondas están expandiéndose por todas partes. —Con un brillo entusiasta en

sus ojos celestes, Fede añadió—: Hasta Barcelona incluso. Somos los primeros en España, pero confiamos en que pronto también se organicen en otros puntos del país.

—¿Lo de Nueva York? —dudó.

—¡Sí! ¿No recuerdas, querido, que te lo conté? Compañeras y compañeros que no solo le plantaron cara a la policía, sino que se rumorea que dentro de poco montarán manifestaciones por Manhattan.

Antoni volvió a suspirar.

—Ay, Meri… ¿Pero cómo te enteras siempre de estas cosas?

—Las palomas son mis aliadas —replicó, haciéndose el misterioso —. Siempre hay que tener oídos y espías en todas partes.

Antoni se acodó también en el colchón, de forma que ambos quedaron frente a frente.

—Ojalá tuvieras un paraguas volador, para que cuando soplase el *garbí* pudieras volar bien lejos de aquí…

—Te metería en mi bolso mágico y te llevaría dentro, conmigo… —le siguió la broma.

—¿Y a dónde volaríamos?

—Lo creas o no, a ningún sitio demasiado lejano —afirmó Fede, contundente—. Esta es mi tierra y creo en ella. No quiero echar raíces fuera.

—Y yo convencido de que no ibas a dudar ni un segundo en responder que, por supuesto, sobrevolaríamos el océano hasta ver a nuestros pies la Estatua de la Libertad…

Fede dejó que las campanillas de su risa se apoderasen del espacio contenido entre aquellas cuatro paredes.

—¿Y por qué estabas tan seguro de que diría algo así?

—Porque siempre estás Nueva York esto, Nueva York lo otro… Por tu *granaíno*, claro.

—El más grande se marchó en barco para estudiar durante un año allá, en la universidad de Columbia. Al que ahora es el epicentro de nuestra revolución. —Risueño, afirmó—: Siempre fue un visionario.

—Pero a los visionarios nunca se los comprende en su tiempo…

—Es el precio a pagar por la inmortalidad.

Antoni calló durante los segundos que tardó un peso denso y oscuro en extenderse por su pecho.

—Yo no te quiero inmortal, Fede. Te quiero aquí, a mi lado, en esta vida.

Él, derritiéndose por escuchar de sus labios semejantes palabras, replicó:

—En esta vida oscura sobre la que nos encargamos de arrojar luz.

—Ten cuidado. Admiro tu voluntad de tomar parte en la lucha, pero no dejes que te atrapen.

—Sigo siendo un gato astuto con seis vidas.

—¿Solo seis?

—Una ya la he perdido de tanta tensión. —Fede volvió a juguetear con la cadenita y el vello ensortijado sobre la que descansaba—. Por suerte, para eso hay un remedio.

—Comprendes que aunque no quiera formar parte activa de la revolución, estoy de vuestro lado, ¿verdad? —insistió Antoni.

Fede tomó una de sus manos y, tras llevársela a los labios, la besó.

—Lo comprendo y lo respeto, de la misma manera que espero que tú comprendas y respetes que necesito intervenir.

Antoni, deseando con todas sus fuerzas no arrepentirse, contestó:

—Lo comprendo y lo respeto.

—Además, ya haces mucho… De nuestro club de lectura selecto, ese del que eres anfitrión en las sombras, han salido muchas ideas que estamos llevando a la práctica.

Sin darse tiempo a pensar en las consecuencias que le acarrearía el que alguien descubriese que daba cobijo a reuniones clandestinas, por mucho que el ambiente en Sitges fuese más relajado que en la capital, Antoni volvió a acorralarlo contra su cuerpo. Se tumbó sobre sus formas, buscó su boca, el calor de su piel. Anheló el nuevo despertar del deseo.

Carpe diem, como solía afirmar Fede en cada encuentro apasionado.

Carpe diem, porque nunca sabían si ese iba a ser el último.

Capítulo trece

Año 1986



Los ventanales del Café del Mar estaban abiertos para combatir el calor sofocante que se había apoderado del litoral de Sitges. Ese domingo no cabía un alfiler en las playas, y los niveles de ocupación turística, disparados por los visitantes que querían disfrutar ahí de las vacaciones, alcanzaban máximos históricos.

Sin embargo, quedaban personas que preferían combatir las temperaturas a base de buena conversación en torno a los libros, como esas que, fieles a la cita, acudieron una vez más a la reunión del club de lectura.

Las integrantes y Enrique, encantado en aquel ambiente de aplastante mayoría femenina, se saludaron, y recurrieron al chascarrillo inevitable en jornadas como esa.

—Yo que creía que con el viento que está soplando te habrías ido, Meri —insinuó Neus.

Fede rio con ganas.

—¿Y perderme nuestra cita? Eso jamás.

Poco a poco fueron ocupando las sillas desplegadas en torno a las mesas unidas. El maestro de ceremonias contempló, emocionado, las copias de *La casa de Bernarda Alba* que aquellas personas habían traído. Algunas las habían sacado en préstamo de la biblioteca municipal o de las de poblaciones aledañas. Otro buen número las habían adquirido expresamente para la lectura conjunta.

Antes de que comenzase la sesión, Fede decidió ser directo:

—Buenas tardes a todas. Gracias por venir, a pesar del precioso día que hace ahí fuera.

El comentario despertó más risas. Movido por la experiencia, se afianzó el turno de palabra antes de perderlo entre aquel revoltijo de conversaciones:

—Como bien indicó Neus, soplan vientos de cambio. Y no, no me he ido de Sitges. De hecho, está entre mis planes permanecer aquí tras jubilarme, pero… os quería hacer una pregunta y necesito respuestas sinceras.

Aquellos pares de ojos, sumados a los de Jaume, el camarero que siempre intervenía en las sesiones aunque fuese desde la retaguardia, quedaron fijos en su persona. Y Fede, sin ánimo de querer prolongar la expectación, se los hizo saber:

—Lo que hemos construido durante estos años es maravilloso. Tanto que me pregunto si este club de lectura podrá prolongarse en el tiempo, independientemente de si estoy yo o no al cargo.

Se formó el silencio a su alrededor. Las miradas seguían puestas en él, ahora presas de la confusión.

—Meri, ¿estás insinuando que…? —musitó una de las integrantes.

—Sí. Aunque disfruto lo indecible con el club, son muchos años ya coordinándolo. Algo me dice que es momento de pasar el testigo. —Les devolvió a todas la mirada; esbozó una sentida sonrisa—. Así que, decidme: ¿alguna estaría dispuesta a sucederme, o he de aceptar que si cuelgo también estos hábitos, habrá que ponerle fin a nuestras reuniones?

Las mujeres y el pescadero se miraron. Pronto surgieron conversaciones a varias bandas. Fede, paciente y comprensivo, los dejó debatir como mero espectador, hasta que de nuevo Neus, como si el que actuase como portavoz fuese la elección más evidente, anunció:

—Por supuesto que el club del Café del Mar no desaparecerá.

Fede, aliviado, sonrió con mayor ímpetu.

—Son nuestros momentos de evasión —afirmó otra—. Gracias a estas reuniones he podido descubrir libros a los que por mí misma

nunca me habría asomado, he conocido otros puntos de vista o las motivaciones que llevaron a las autoras y autores a escribirlos.

—Hemos hecho amistades de las bonitas —añadió una tercera.

—Puedes tomarte todo el descanso que necesites, que el club queda en buenas manos —concluyó Enrique.

Fede asintió con un cabeceo e hizo un gesto a Jaume para que se acercase a tomarles nota. Sin embargo, una vez el joven estuvo a su lado, lo retuvo sujetándolo con cariño de la muñeca:

—Querido, esto también va por ti: para la próxima sesión, me gustaría proponeros un cambio de escenario. No nos reuniremos aquí, en el café, que es nuestra casa, sino en la mía. —Desvió por apenas unos segundos la mirada hacia lo lejos, ahí donde, desde detrás del mostrador, Antoni los observaba aparentando que no les hacía caso. Volvió a sonreír y añadió—: Casa que, con esta invitación, espero que sea también un poco vuestra.

Tras pactar que en quince días volverían a encontrarse en la terraza del maestro de ceremonias, dieron comienzo, esta vez sí, al debate en torno a la obra.

—Disculpe, don Antoni… —lo llamó Jaume.

—¿Qué pasa?

—Me ha dicho la Meri que hable con usted, y que le pida permiso para tomarme libre el turno de mañana de dentro de dos domingos —concretó el joven con apuro—. Me gustaría asistir a la reunión del club fuera del café.

Antoni suspiró, y mientras secaba un vaso de tubo volvió a dirigir la mirada hacia el grupo. Fede, sosteniendo ante él su ejemplar de la obra póstuma de Lorca, edición argentina del 45, le guiñó un ojo, coqueto.

Y justo cuando daba comienzo de manera oficial la charla, sonó el teléfono con el que contaban ahí, en el mostrador.

—Don Antoni, es para usted —indicó otro camarero.

Tomó el auricular y atendió la llamada.

Fue así como, apenas unos minutos después, supo que el anuncio por el que se hacían oficiales sus intenciones de traspasar el Café del Mar sería publicado en apenas cuarenta y ocho horas.

Capítulo catorce

Año 1970



A Fede le estaba costando verdaderos esfuerzos sobrellevar el comienzo del curso.

Aquel era el primer año desde que se inició en la docencia en que no disfrutaba preparando contenidos, buscando métodos y fórmulas para avanzar por el borde del precipicio, siempre con un pie en suelo firme —lo reglado, el camino recto aprobado por la cúpula universitaria— y el otro oscilando sobre el vacío.

Quizás se debiera a que el precipicio le parecía más profundo que nunca, pese a que notaba un cosquilleo incesante en la espalda, a la altura de los omóplatos. «Me van a brotar las alas de Mercurio», gustaba afirmar en ambientes de camaradería.

Se obligó a impartir la última clase, dedicada al análisis y posterior comentario de diferentes textos literarios, y cuando los alumnos empezaron a abandonar el aula, uno de ellos se le acercó.

—Disculpe, profesor Jover…

Fede elevó la mirada y con ella, solo con ella, le sonrió.

Ahí, entre los muros de esa institución, mantenían aquel rol encorsetado y distante. Fuera del seno universitario, eran iguales en la lucha y miembros del mismo club de lectura selecto.

—Dígame, señor Barjuan.

El joven también se limitó a comunicarse por medio del lenguaje no verbal, del que empezaba a ser todo un maestro. Por algo había aprendido de toda una eminencia.

—Necesitaría consultarle algunas dudas. Es sobre el mito de Prometeo.

Fede asintió.

Prometeo. El célebre titán de la mitología griega, protector de la humanidad tras haber desafiado a los dioses robándoles el fuego. Fuego, símbolo de la luz, del intelecto.

«Prometeo», la palabra en clave para convocar otro encuentro por el movimiento de liberación.

—Soy un hombre ocupado, señor Barjuan. Necesito que me concrete qué requiere que le detalle para poder ajustar mi tiempo.

—Me gustaría conocer el motivo por el que Prometeo ayudó a Heracles a robar las manzanas doradas del Jardín de las Hespérides.

Ahí estaba la siguiente parte del mensaje en código.

Por «Jardín de las Hespérides» se referían a uno de los pisos donde tenían lugar las reuniones. El de Vicent, situado en el Poble-Sec, en las verdes inmediaciones del Montjuïc.

—¿De cuántas manzanas estamos hablando?

—Seis, profesor Jover.

Seis asistentes a la reunión, contando con ellos dos. Solo faltaba confirmar su asistencia.

—Le veré a la hora de las ninfas, señor Barjuan. No se retrase, por favor.

El joven asintió con otro cabeceo y, tras tomar sus enseres, abandonó el aula.

Antes de prepararse para marchar a la sala de profesorado y seguir escenificando su papel de docente intachable y fiel a las ideologías de quienes estaban al mando, Fede miró por los ventanales.

Ya era oficialmente otoño, pero el buen tiempo se resistía a huir de Barcelona. Ciudad efervescente, aunque siguiese empeñada en darle la espalda al mar.

El mar, protagonista en Sitges, en donde estaba su hogar, en donde le esperaban.

Donde debían seguir esperándole.

Mantuvo sus rutinas para no levantar sospechas. Incluso subió a su pequeño Dyane 6, cuyo cuentakilómetros marcaba una cifra lo

que se decía generosa, y simuló tomar la ruta habitual para salir de la urbe y dirigirse al sur siguiendo la ruta costera. En lugar de ello, aparcó en las inmediaciones de la estación de Sants y, tras dejar su maletín de trabajo en el portabultos, echó a andar.

Disfrutó de un paseo largo y sin rumbo. Tomó un par de cafés por aquí y allá, se empapó de la información nacional e internacional publicada en la prensa —filtrada, eso sí—, y como un anónimo más de andares rectos, modales intachables y vestimentas discretas, se internó en las cuestas de los barrios que florecían en las laderas del monte de los judíos.

Rozando las ocho de la tarde, se reunió con las demás ninfas después de que una de ellas, apostada en el balconcito que daba a la calle para fumarse un cigarro, lo viese llegar y diera la orden de que le abriesen.

Toda cautela era poca en aquellos encuentros planificados al milímetro.

En aras de que los vecinos no sospechasen, dos de los presentes habían llegado al piso durante la madrugada anterior y ahí habían permanecido desde entonces, como fantasmas. Barjuan, de nombre Josep, había acudido a la cita a la hora de la siesta. Vicent, inquilino del inmueble, que contaba con una estupenda terraza con vistas al monte —de la cual no podrían disfrutar, dadas las circunstancias—, recibió a Fede con un abrazo.

—Reunidas ya todas las ninfas, damos por comenzado el pleno —anunció el anfitrión.

Estaban todos en la sala de estar, con las cortinas echadas y las ventanas cerradas a cal y canto. El humo del tabaco parecía flotar como neblina, dotando al encuentro de cierto aire teatral.

—Es aberrante —afirmó Vicent, contrariado—. Totalmente aberrante. La he podido leer completa gracias a una abogada amiga mía, y…

Calló, al notar que la voz se le rompía. Fede le apretó la mano en un gesto cariñoso y se apoderó de la palabra:

—Ya no somos vagos y maleantes. Ahora somos peligrosos y requerimos de rehabilitación social.

Los demás guardaron silencio ante la mención de la ley que, desde hacía apenas unas semanas, había sido aprobada y esperaba a su entrada en vigor oficial, aunque a efectos prácticos las fuerzas del orden ya se amparasen en ella para obrar a su antojo.

—Detenciones aleatorias, indefensión, arrestos, penas de cárcel, terapias de choque… —enumeró otra de las ninfas.

—No podemos permanecer de brazos cruzados —afirmó Josep—. ¿Qué noticias llegan de fuera?

Vicent señaló hacia el sofá, y el más joven del grupo supo que le estaba indicando que levantase una de las colchonetas. Ahí, ocultas y bien envueltas en telas, había ejemplares de revistas francesas en las que se hablaba de las revueltas de Stonewall en Nueva York o los movimientos de liberación que estaban surgiendo en diversas zonas tanto de Estados Unidos como de Europa.

Josep las contempló y abrió. No llegaba a entender bien el francés, pero las imágenes hablaban por sí solas y le hacían volar alto, seguir soñando con un futuro donde él también pudiera manifestarse en las calles.

Mientras se sumergía en las páginas de papel *couché*, los demás siguieron trazando estrategias:

—Hay que fundar un movimiento organizado ya.

—Y coordinarnos con los demás.

—La semana que viene le haré una visita a la madre superiora —indicó Fede.

Se refería a Julieta, una de las cabecillas de la causa, conocida por todos aquellos que compartían la misma inquietud a lo largo y ancho de Barcelona. Hábil araña que tejía redes a su alrededor con las que protegerse de los ataques que le llovían por partida doble, o triple: por ser fémina, por no mostrarse sumisa y rechazar el molde en el que le imponían que encajase, y por amar a hombres y mujeres por igual.

La noche se apoderó del barrio, y la hora de las ninfas se transformó en la de las brujas. Con el mismo sigilo, fueron abandonando el piso. Fede se fundió con las sombras, avanzando por las calles estrechas a buen paso, siempre vigilante para no toparse con indeseables o patrullas.

Condujo sin incidentes hasta Sitges y se refugió en la casona, donde se iban acumulando las plantas y los libros. Madrugó, entregándose de nuevo a la rutina como si nada fuera de lo normal hubiese ocurrido la jornada anterior, y, solo cuando hubo cumplido sus quehaceres en la facultad y de nuevo se halló en Sitges, fue a dar un paseo que concluyó en el Café del Mar.

Adentrarse en el café le daba paz. Y encontrarle ahí, siempre tras el mostrador coordinando cuanto se cocía en sus dominios, le reconfortaba.

Antoni también hizo un esfuerzo por mantener las apariencias. No se acercó personalmente a la mesa para tomarle nota, algo que correspondía a sus muchachos de la plantilla. Tampoco fue a llevarle el café, pues era una deferencia que no tenía por lo general con los clientes.

Solo cuando Fede se acodó en la barra, pudieron mirarse a los ojos.

—¿Me pones un vinito en mi cáliz?

Antoni asintió. Anhelaba preguntarle dónde había estado metido, qué novedades traía bajo el brazo. Pero no era el momento, ni el lugar.

Cuando, tras darle el primer sorbo al tinto de la casa, Fede volvió a pronunciarse, lo pilló totalmente desprevenido:

—¿Quieres venir el sábado al festival de cine?

—¿Festival? —se extrañó Antoni.

—Sí. El de cine fantástico y de terror. Lo han pasado a la sala El Retiro, cada vez viene más gente de Barcelona a ver las películas y en el casino no daban abasto. —Mirándolo por encima del vidrio verde, con esos aires de encantador de serpientes a los que Antoni era incapaz de resistirse, Fede añadió—: Gracias a mis palomas me han llegado rumores de que echarán una nueva de Karloff.

—¿Pero en inglés?

—Estoy bien instruido en la lengua. La de Shakespeare, quiero decir —coqueteó—. Puedo traducir para ti.

Antoni tuvo que morderse la suya para no echarle en cara que le arrojase indirectas ahí, en medio del café.

—¿Aceptas? Nos vendrá bien la distracción —insistió Fede.

Antoni se lo pensó. Lo cierto era que ese evento estaba acaparando cada vez más el interés del público, hasta el punto de que esa sería su tercera edición. Quizás fuese porque proyectaban películas extrañas que no sufrían el corte de la censura. Tal vez porque, al margen de las imágenes grotescas de la pantalla, allí se respiraba cierto aire de libertad.

—De acuerdo. El sábado. —Dio el brazo a torcer.

Fue entonces, al toparse con una nueva y deslumbrante sonrisa por parte de Fede, que reparó en que acababa de aceptar tener una especie de cita con él.

Y eso, a su modo de ver, sí que era revolucionario.

Capítulo quince

Año 1986



—Entonces, es usted de Valencia… —observó Antoni.

—Sí.

—¿Y por qué le interesaría emprender aquí?

El candidato que tenía delante, el cuarto con el que se entrevistaba aquella semana, se recolocó en la silla con una pierna cruzada sobre la otra y gesto de autosuficiencia.

—El mercado inmobiliario y el turismo están en pleno *boom* —esgrimió, como si fuese una verdad incuestionable.

—*Boom*… —repitió Antoni, escéptico.

—Variando un poco la carta y añadiendo una terracita, esto será una mina de oro. ¿Cómo no lo has pensado antes, hombre, con la cantidad de espacio que tienes delante de la fachada?

Antoni trató de disimular lo mucho que le incomodaba que lo tutease, pero, sobre todo, que cuestionase sus métodos.

Claro que sabía que poner mesas, sillas y unas buenas sombrillas en el exterior aseguraría un flujo mayor de clientela, pero era una aberración estética, un atentado contra el conjunto del Café del Mar en el que no estaba dispuesto a intervenir.

Y aunque las ganas de traspasarlo fuesen a cada minuto mayores, seguía negándose a contribuir a que la esencia de Sitges se diluyese a base de establecimientos cortados por el mismo patrón, como estaba ocurriendo en tantas otras regiones costeras de España. De sur a norte. Desde Canarias hasta Cadaqués.

—¿Cuándo dice que podría empezar el traspaso? —siguió el cuestionario con el mismo formalismo, recalcando que él sí que lo trataba de usted.

—Cuando tú quieras. Si será por dinero…

Dinero, dinero, dinero.

Antoni pensó en Fede y en que estaba en lo cierto: en esos tiempos que estaban corriendo, de abundancia tras tantísimos años de carencias a todos los niveles, apenas parecía haber espacio para los sentimentalismos.

Valiéndose de la ambigüedad, se dispuso a despachar al pretendiente:

—Deje que lo consulte con la asesoría y le aviso, ¿de acuerdo?

El interesado, que debía de rondar los cuarenta —aunque era incapaz de deducirlo con certeza—, se incorporó para estrecharle la mano con demasiado énfasis.

Luego se marchó, y Antoni observó desde la trastienda cómo no dejaba de mirarlo todo, quizás imaginando los cambios que iba a obrar en aquel templo.

Suspiró.

No, a ese tampoco iba a venderle la maquinaria, las licencias comerciales y demás entramados del negocio.

Se sentía cansado, física y mentalmente. Así que tras servirse un vaso de agua en el mostrador, llamó al más despierto de sus camareros.

—Jaume.

—Dígame, don Antoni.

—¿Podrías quedarte al frente y ocuparte del cierre? Voy a tomarme el día libre.

Jaume lo miró con los ojos bien abiertos.

—¿Está usted seguro?

—¿Puedes o no?

Asombrado, pues en los más de cinco años que llevaba trabajando ahí su jefe nunca se había ausentado del café más de dos horas seguidas, Jaume replicó:

—Sí, por supuesto. Despreocúpese.

Antoni le dio las gracias, enfatizándolo con un apretón en el hombro. Sin darse tiempo de arrepentirse, se quitó el mandil y salió por la puerta de personal.

Hacía un día espléndido. El sol brillaba en lo alto y el calor no era tan sofocante como en otras jornadas, quizás porque soplaba viento de levante.

Decidió darle una sorpresa con una visita inesperada. Al fin y al cabo, si también en eso iba a ceder y acababa por mudarse con él, más le valía irse acostumbrando a vivir en la casona.

Tocó a la puerta armado con las botellas de cerveza que se había llevado del almacén. No obtuvo respuesta, y al posar la oreja sobre la madera le llegó el eco de una melodía.

No le costó demasiado llegar a la conclusión de que Fede tenía puesta tan alta la música que no se había enterado de que lo reclamaba.

Insistió un par de veces más hasta que lo dio por imposible. Optó por dar un rodeo y se detuvo en la callejuela a la que daba la terraza.

—¡Meri! —lo llamó a voz en grito.

Poco después, Fede asomó su calva cabeza.

—¿No serás tú Romeo, oh, Romeo? —replicó, teatralizando.

Antoni contestó, malhumorado:

—Ábreme de una vez, anda, que no te enteras de nada.

Volvió a desplazarse hasta la puerta principal, en la que Fede, todo brillo en la mirada y la sonrisa, ya lo estaba aguardando.

—¿A qué se debe la visita?

—Me merezco un descanso. —Ya una vez dentro, contempló con horror que el caos seguía imperando en la amplia sala de estar—. Aunque me temo que mucho no voy a descansar, visto lo visto… ¿No decías tú que todo esto lo ordenabas con ayuda de un tal Tino y no sé quién más?

Fede rompió a reír.

—En ello estamos. ¿Te unes a nosotros?

—Qué remedio… —Suspiró y le hizo entrega de las cervezas—. Ponlas a enfriar.

Fede las metió en el frigorífico para luego reunirse con él ahí, entre pilas inestables de libros.

—Dime en qué os ayudo.

—Vamos a hacer dos montones: «me los quedo», y «los cedo».

Fede empezó a tomar libros y, tras contemplar la portada, se los fue entregando tras decretar si permanecían en su colección personal o pasaban a otras manos.

En cuanto a Antoni, fue incapaz de no ir a por un par de trapos para, ya que estaba, limpiarlos de polvo.

—¿Y el otro ayudante? —se impacientó.

—Ya va, querido, ya va.

Para su desconcierto, Fede se dirigió al equipo de música en lugar de marcharse a otra habitación en busca del misterioso tercero, o para hacer una llamada telefónica.

Lo vio sacar uno de esos modernos discos compactos, de los que solo se podían reproducir en equipos de música con tecnología láser. Cuando por los altavoces empezó a sonar *Embrujada*, no tuvo otra que esbozar una sonrisa, entre divertido y resignado.

—¿Ves? Con ayuda del Tino, esto nos lo quitamos de encima en un abrir y cerrar de ojos —celebró Fede.

Quizás Casal, con sus sintetizadores y arreglos tan barrocos como su estética, no fuera a cargar con kilos y kilos de papel, pero sí que aligeraba el alma.

—Sigo sin entender la música de hoy en día, pero reconozco que la canción no está tan mal —dijo cuando Fede regresó a su lado marcándose una especie de bailoteo.

—*Stop!,* mi hada, estrella invitada… —canturreó—. Víctima del desamooor…

Mientras lo hacía callar con un beso, Antoni sintió por vez primera que quizás su sitio sí que se encontraba ahí, en aquella casa. Cuando la hubiesen acondicionado, por supuesto.

O que, en verdad, siempre lo había estado, y él, por fin, no estaba sino dándose cuenta.

Capítulo dieciséis

Año 1970



Para ser un evento organizado con pocos medios y en un ambiente casi familiar, la Semana Internacional de Cine Fantástico y de Terror se había convertido en todo un acontecimiento en Sitges. Decenas de personas acudieron al recinto, mágico por sus techos en arco y las lámparas colgantes, en el que tendría lugar esa tercera edición. Mientras aguardaba para ocupar una butaca ante la pantalla, Antoni no salía de su asombro.

Había chicos y chicas jóvenes, pero también espectadores de variadas edades. Muchos de ellos se amoldaban a los cánones de la moda, e incluso algunos lucían atuendos más bien propios de las películas que, prácticamente a ciegas, iban a visionar. Y es que dado que los organizadores se desplazaban al aeropuerto de Barcelona cada jornada del festival para recoger las latas de las bobinas, no se anunciaba hasta horas antes de las proyecciones los títulos escogidos para conformar un programa aún sin premios ni jurado, pero en el que sí abundaba la sangre.

De cualquiera de las formas, aunque hubiese sabido por adelantado la película en cuestión que iba a ver, Antoni habría acudido en exclusiva para acompañar a quien estaba a su lado, risueño y expectante.

—¿Ves como era la de Karloff y Lee? —le susurró al oído, ya ambos sentados.

A oscuras, Antoni trataba de pasarlo lo mejor posible, cosa que no le resultaba sencilla entre lo siniestro de las imágenes, la

incomprensión del idioma y el roce, furtivo y discreto, de la mano de Fede contra la suya. Este, como le había prometido, de vez en cuando le resumía al oído los diálogos, para que pudiera seguir mínimamente la trama.

Cuando aquella extraña historia llegó a su fin, las luces se encendieron y la pequeña multitud congregada se dispuso a abandonar el recinto.

—Mañana proyectarán más películas y algunos cortometrajes —apuntó Fede, entusiasmado.

—Si no te importa, ven tú solo, que esto es demasiado para mí.

Fede rio. En lugar de echarle en cara que le costase tanto salirse de la zona en la que sentía seguro, lo respetó.

—Hace buena noche. Perfecta para los brujos y los vampiros.

—Hablando de vampiros —replicó Antoni—, más de uno en esa sala lo parecía.

—Me temo, querido, que el único vampiro real que hemos visto hoy es el antiguo Drácula —volvió a reír, en referencia a uno de los papeles que habían convertido a Christopher Lee en un icono.

—Lo que tú digas…

—Vamos a dar un paseo —propuso Fede.

—¿A esta hora?

—Ver a tanta gente deseosa de empaparse de lo que venga de fuera me hace anhelar un poco más la libertad, si es que eso es posible.

Antoni lo siguió por las calles aledañas a El Retiro. Estaban a varios minutos de la avenida marítima, y para alcanzar las inmediaciones del café solo tenían que descender en línea recta. Por ello le llamó la atención que Fede se desviase.

—¿A dónde vas?

—Me apetece escapar del ruido.

Antoni iba a preguntarle que qué ruido, pues todo en comparación a lo que acababan de presenciar en el festival era calmo y silencioso, pero lo dejó estar. Tampoco protestó al distinguir, no demasiado lejos de la casona, el coche de Fede, ni cuando este sacó las llaves.

Subió al puesto del copiloto y se centró en observarle mientras él, habilidoso, se abría paso por las estrechas calles. Era la primera vez que lo veía conducir, y ese aire de seguridad le pareció arrebatador.

Sin embargo, la inquietud empezó a apoderarse de él cuando se dio cuenta de que estaban dejando Sitges atrás.

La carretera, una vez pasada la zona de Terramar, transcurría en paralelo por la línea costera sin iluminación más allá de los focos del vehículo. Tampoco se encontraron con otro circulando en dirección contraria, o tras ellos.

Apenas unos minutos después, Fede se desvió y aparcó cerca del arcén, en un descampado junto a la falda de las montañas.

—Vamos —le indicó Fede con un gesto.

Tras asegurarse de que no venían coches en ningún sentido, cruzaron la carretera. A base de sortear un desnivel de tierra, piedras y matorrales, llegaron a la también desierta playa del Hombre Muerto.

Apenas se veía lo que la luz de la luna permitía distinguir, y el rumor de las olas rompiendo contra los peñascos cercanos, una suerte de montículos que se elevaban a ambos extremos sobre el nivel del mar como penínsulas, lo llenaba todo.

Antoni sintió que se le disparaba el pulso.

Había escuchado rumores acerca de aquel lugar, pero nunca quiso indagar al respecto. Cuando notó la mirada de Fede y, sobre todo, la calidez de su mano atrapando la suya, fue como si lo recorriese una descarga eléctrica.

Se dejó llevar hacia uno de los extremos de la cala. La arena se le metía en los zapatos, dificultando el avance. Cuando por fin estuvieron bajo el resguardo de una de las paredes de roca, lo escuchó.

Lo vio, también.

Ocultos por aquella oscuridad, al amparo de lo complejo del acceso a la playa y las tardías horas, dos hombres daban rienda suelta al deseo. Uno de ellos, apoyado sobre las piedras, jadeaba mientras el otro, de pie a sus espaldas, embestía sin medirse en un rudo vaivén de caderas.

Antoni se quedó quieto al sentir sus miradas, al principio desconfiadas, luego cómplices, puestas en él. Los amantes, tras detenerse unos segundos por la intromisión, siguieron a lo suyo como si ellos no estuviesen ahí, manteniendo aquel pacto tácito de secretismo.

El miedo lo asaltó, pero también la excitación.

Fede volvió a tirar de su mano para procurarse ellos un rincón, y fue incapaz de resistirse.

El peñón fue testigo de su encuentro. De los gemidos, las caricias furtivas. De las rocas manchadas de semen, vestigios que las olas, cómplices también, se encargarían de eliminar en apenas unas horas, cuando la marea volviese a subir.

Para cuando recompusieron sus ropajes, no quedaba ni rastro de la otra pareja.

Antoni y Fede volvieron sobre sus pasos. Tras ascender por la pronunciada pendiente y cruzar de nuevo la carretera, subieron al coche.

Mientras regresaban a Sitges, con la suerte de su lado por no haber patrullas a esas horas, Antoni se dejó ahogar por los remordimientos.

—No vuelvas a llevarme a un lugar así.

—¿Y por qué no? Bien que ha parecido gustarte la experiencia…

—Lo sabes perfectamente.

Fede guardó silencio. Luego levantó la mano de la palanca de cambios para volver a depositarla sobre la suya en una caricia.

—Lo siento.

—Sí que lo he disfrutado, pero…

—Lo entiendo, querido. Te prometo que no volverá a ocurrir.

Una duda dolorosa se le formó a Antoni en la boca del estómago.

—¿Habías estado ahí antes?

—No. Pero sí algunas de mis amistades.

Antoni le creyó sin dudar. Aun así, terminó de exponer sus razones:

—Yo también estoy harto de tener que vivir en las sombras, pero nos exponemos a un riesgo muy grande si nos sorprenden. No lo olvides.

Fede calló. Realizó en silencio lo que les restaba de trayecto hasta la zona donde vivía Antoni.

Este se bajó del vehículo. Como única despedida, una mirada cargada de significado.

—¿Te veré mañana? —le preguntó Fede.

—Ya sabes dónde estaré.

Cómo no, en el Café del Mar.

Antes de que el ruido del motor atrajese la atención de los vecinos, el conductor se marchó. Y como cada noche, Antoni se adentró, taciturno, en su apartamento austero y discreto, asfixiante.

Reflejo de tal y como se sentía en aquellos momentos.

Capítulo diecisiete

Año 1986



El plazo de un mes que se habían concedido para resolver sus dilemas estaba a punto de cumplirse, pero mientras que Fede estaba cerca de llegar al objetivo por partida doble, Antoni seguía en la línea de salida al haber avanzado apenas unos pasos.

La búsqueda del «cesionario ideal» no estaba resultando sencilla. Se había cansado de encadenar entrevistas, de sentir que ninguno de los pretendientes tenía intereses que pudieran alinearse con los suyos. Aun así, se lo estaba tomando con calma.

Quizás se debiera a que su mudanza a la casona, a falta de declararla oficial, era obvia. Pasaba allí más noches que en su propio apartamento, y la práctica totalidad de sus enseres ya estaban allí.

El que entre ambos y Tino —y Lola, Rocío, Raphael, Olvido y tantos más— hubiesen logrado instaurar el orden, era todo un logro, pero gracias al esfuerzo los espacios parecían respirar y las paredes lucían más blancas que nunca, incrementando el caudal de luz natural y resaltando la armonía del mobiliario y la decoración.

El verde abundaba por todas partes: en las hojas lustrosas de las plantas, en los cojines de los sofás, en el mantelito que cubría la mesa de mimbre de la terraza, donde estaban dispuestos los libros de los que Fede había decidido desprenderse.

Quedaban apenas unos minutos para las doce, y los anfitriones —porque Antoni ya se sentía como tal— ultimaban los detalles para que esa reunión extraordinaria del club de lectura fuese inolvidable.

Servirían bebida y picoteo, y el sol brillaba con ímpetu, pero se habían procurado sombra con un par de pérgolas. Las palmeras de los macetones le aportaban un toque exótico al conjunto, así como el atuendo de quien estaba extasiado por organizar semejante reunión en sus dominios, sin restricciones que se lo impidiesen.

También el verde de su camisa le resaltaba el tono ligeramente dorado de la piel a Fede. Había rematado el conjunto con unas bermudas y unas elegantes sandalias de piel, un *look* veraniego que le favorecía al rejuvenecerle.

—¡Deben de ser ellos! —exclamó al escuchar el timbre.

Antoni, mientras lo acompañaba al recibidor, se echó un breve vistazo al espejo de cuerpo entero con el que contaba el salón. El mismo espejo cuya existencia había descubierto apenas unos días atrás, al retirar la pila de novelas y manuales tras la que había estado oculto.

No estaba lo que se decía habituado a vestir algo que no fuera el uniforme del café. Esbozó una media sonrisa; le gustaba sentirse así, como si se hubiese despojado de un peso que hasta ese momento desconocía que cargaba a las espaldas.

Cuando Fede abrió la puerta principal, afuera se agolpaban más de treinta personas.

El caos volvió a invadir el salón, pero uno alegre, compuesto de conversaciones, exclamaciones de admiración y, cómo no, reencuentros.

Y es que entre los presentes no estaban solo los actuales miembros del club del Café del Mar, sino también algunas integrantes que se habían ido descolgando con el paso de los años por circunstancias de la vida, y también los que integraron el club selecto, que no secundario.

Los antiguos alumnos de Fede abrazaron, emocionados, a su antaño profesor, y este, henchido de orgullo y agradecido por el esfuerzo que les había supuesto desplazarse a Sitges, ya que vivían dispersos a lo largo de la geografía española, los fue presentando a los demás.

Antoni trató de disfrutar de semejante acontecimiento. Sus clientes habituales lo miraban, divertidos, por verlo fuera de

contexto, y prodigaban sonrisas y charlas. De pronto, se dio cuenta de que nadie parecía comentar nada sobre la más que evidente relación sentimental que lo unía a Fede. Como si un amor como aquel solo pudiera celebrarse con naturalidad, sin caer víctima de críticas y cotilleos.

—Antoni, querido —lo llamó la Meri—, ¿te acuerdas de estos muchachos?

Él, tras girarse, constató que Fede estaba rodeado por un nutrido grupo de hombres que debían de rondar los treinta y largos, o los cuarenta y pocos. Vestían a la moda y despedían ese brillo de los que habían querido comerse el mundo y, por fin, lo estaban consiguiendo.

—Me suenan sus caras —afirmó; no había interactuado con ellos más allá de guiarlos en las salidas clandestinas del café por la puerta para personal.

—¿Y de mí sí se acuerda bien? —preguntó uno de ellos.

Antoni le contempló por espacio de varios segundos, y el recuerdo de ese mismo rostro, solo que más joven, amoratado y con rastros de sangre seca, se superpuso al que tenía ante sus ojos.

Venció al escalofrío inicial producido por la memoria, y se le acentuó la sonrisa.

—Claro que me acuerdo. Josep, ¿verdad?

Este asintió con un cabeceo y le tendió la mano. Antoni se la estrechó, pero el antiguo alumno de Fede aprovechó para transformar la unión en un abrazo.

—No sabe lo agradecido que sigo estándole por lo que hizo por mí.

Antoni, tras quedarse de piedra por unos instantes, le dio unas palmaditas en la espalda.

—Si no nos ayudábamos entre nosotros, ¿quién iba a hacerlo? —resumió, citando las palabras de Fede.

Josep, tras soltarse, le regaló otra sonrisa con la mirada brillante.

—¿Te ha tratado bien la vida desde entonces? —se interesó el aún dueño del Café del Mar.

—Sí, no puedo quejarme. Trabajo en una editorial. De las más importantes del sector —replicó Josep.

—Entonces, estoy seguro de que vas a disfrutar de lo que os tenemos preparado —afirmó Antoni.

Fede los interrumpió, pues atrajo la atención general tras terminar el *tour* por la vivienda para conducirlos a la terraza.

—He aquí la joya de la corona —anunció, pletórico.

Nuevas exclamaciones de asombro se apropiaron del ambiente. En parte por lo amplio y acogedor de aquel espacio al descubierto, pero, sobre todo, por los más de mil libros que aguardaban ahí, deseosos de encontrar un nuevo hogar.

—Una vida dedicada a las letras da de sí… —Mirándolos a todos, luchando para que la nostalgia no le impidiera seguir avanzando hacia el futuro con optimismo, Fede anunció—: Os hago entrega de buena parte de mi patrimonio. Que cada cual escoja lo que desee. Y si alguien conoce alguna institución que los pueda querer, que se sienta libre también de llevárselos.

Aquellos hombres y mujeres, tras el asombro inicial, fueron acercándose a curiosear las ordenadas pilas de libros. Todos amantes de la literatura, todos ávidos de disfrutar de buenas historias, tanto clásicas como contemporáneas.

Todos extasiados por aquel regalo que no se esperaban.

—¿De verdad que nos los podemos llevar, Meri? —le preguntaban una y otra vez.

—Claro que sí. ¿Un vinito? —respondía, haciendo de camarero.

Antoni, constatando que lo estaba eximiendo de las tareas de las que pensaba encargarse, se dedicó también a disfrutar de la copa que llevaba en la mano y observar cuánta dicha despedía aquel grupo de personas.

Josep se le acercó. Cargaba, nada más y nada menos, que con diez libros.

—¡Hay auténticas joyas! —exclamó.

—Se ha quedado con sus imprescindibles. Seguro que si se lo pides, te deja echar un vistazo.

—Ya encontraré luego un momento, que ahora está en su salsa —replicó Josep con la mirada puesta en el aludido.

Antoni miró de soslayo a Fede también. Al depositar de nuevo su atención sobre el joven, reparó en algo:

—Aquella noche venías con otro compañero.

—Sí. Con Valentín.

—¿Él no ha venido?

Josep guardó silencio durante unos segundos, los suficientes para que su expresión se ensombreciera.

—No. Está… indispuesto.

Antoni no quiso seguir indagando, pues algo en aquel cambio de registro lo puso en alerta. Así que aprovechó para reconducir el diálogo y centrarlo, de paso, en el nexo que los unía.

—Oye, Josep, como dices que trabajas en una editorial de esas…, quería saber si podrías echarme una mano con un asunto.

—Claro que sí. Cuénteme, ¿de qué se trata?

—Quiero sorprender a alguien y que, de paso, sirva de doble homenaje.

—Pinta bien… ¿Sorprender y homenajear a quiénes?

Antoni, sin dejar de observar a quien tantos años atrás le había cambiado la vida, replicó:

—A Fede y Federico.

Capítulo dieciocho

Año 1975



Con la cadencia lenta pero constante de la arena de un reloj, el tiempo hizo avanzar la vida en torno al Café del Mar. Siempre lugar de encuentro entre quienes buscaban un poco de conversación con otros habituales, o quizás la soledad de la lectura en una mesita apartada.

También habían volado los años para quienes desempeñaban sus funciones en aquella entidad. Y es que, a veces, Antoni se sorprendía al ser consciente de que ya llevaba más de una década al frente del negocio.

Durante aquellos años el personal del café había rotado, y aunque algún que otro veterano seguía formando parte de la plantilla, otros tantos, sobre todo los más jóvenes, le habían comunicado su voluntad de abandonar el puesto. Muchos querían marcharse a ciudades como Valencia o Alicante. A Barcelona, incluso a Madrid.

Antoni los dejaba partir sin dramatismos. Esas ansias de cambio que los consumían las podía entender, aunque no las compartiera. Y es que la mención de cualquier urbe, en especial la condal, lo estremecía.

Las ausencias de Fede seguían produciéndose. De hecho, aquella semana apenas había sabido de él. Continuaba desplazándose para impartir sus materias en la universidad, y también pernoctaba más de una noche allá, en los pisos de compañeros de armas —porque defendían que la palabra era la más poderosa, la única que blandían

—, cuando organizaban sus reuniones de ninfas a horas intempestivas.

Los rumores sobre el inminente fin de una era se extendían por doquier. Como si ese mismo reloj de arena que había estado marcando los minutos, horas, semanas e interminables meses tras la Guerra Civil estuviese a punto de caer al suelo y, al estrellarse, liberase una calima que lo impregnaba todo.

Aun así, el café seguía siendo un remanso de paz, al menos en apariencia. Si alguien sospechaba de lo que ocurría en sus entresijos, nunca lo había manifestado, y aquella fresca jornada de otoño, en la que las temperaturas se mantenían agradables junto al Mediterráneo, Antoni deseó que nada enturbiase la rutina.

Pero no. Ese no iba a ser un día como otro cualquiera, porque el reloj sí que se había roto en pedazos y ya no retenía arena alguna.

Se enteró esa mañana cuando, tras levantarse como siempre al alba, puso la radio para que lo acompañase mientras se preparaba.

Se quedó helado.

El alivio y la euforia por la muerte del dictador, el Jefe del Gobierno, el caudillo, se mezclaron con el miedo a la incertidumbre.

Cuando salió a la calle y emprendió el camino a paso rápido, apenas se cruzó con gente. Saludó con un gesto de cabeza al quiosquero y este se lo devolvió. Entre ambos, una mirada que lo decía todo.

—Don Antoni, ¿es verdad? —le preguntó uno de sus camareros cuando recaló en la puerta para personal, en donde este y otros empleados ya lo estaban esperando.

Él se limitó a, nada más acceder al café, sintonizar la principal emisora nacional y dejarla a un volumen suficiente como para que su sonido llegase a cada rincón.

Así se mantuvo durante todo aquel 20 de noviembre.

Oriol y Marcial, siempre fieles, entraron juntos y en completo silencio, algo inaudito. En lugar de ocupar *su* mesa, se apostaron en la barra para atender al noticiario. Antoni les sirvió sin preguntarles qué querían y también se quedó ahí, apoyado en la barra tras ese mostrador que tantos secretos guardaba, ávido de noticias.

Y las noticias llegaban a borbotones, pero seguía sin saber nada de Fede.

Una marea de expectación por lo que podía ocurrir a partir de ese momento arrasó consigo el país entero, sacudiendo, de paso, al resto del mundo. En otras circunstancias, Antoni se habría mostrado menos taciturno, pero es que a medida que pasaban las horas y la jornada llegaba a su fin, la preocupación que lo embargaba no hacía sino incrementarse.

Caída ya la noche, hasta se le pasó por la cabeza plantarse en Barcelona. Pero ¿para qué? No tenía ni idea de en dónde podría estar. Ni siquiera sabía si se habían cancelado las actividades lectivas en las universidades, como parecía que era el caso de los colegios.

Esa madrugada no pegó ojo y la pasó allí mismo, en el café. Antes de volver a abrir, leyó los ejemplares de los periódicos que, cada mañana, le dejaban para que estuviesen a disposición de los clientes. Grandes titulares, así como fotografías del féretro del que todos hablaban, colmaban las primeras planas. La radio estuvo puesta de nuevo desde primerísima hora; surgían en torno a las consumiciones decenas de charlas, y cuando más de uno preguntó por la Meri, Antoni empezó a impacientarse.

Se obligó, más que nunca, a creer y confiar en él. En que aún le quedasen vidas para sortear cuantos obstáculos fueran a interponerse en el camino, porque dudaba que las cosas fuesen a cambiar así, de la noche a la mañana, en un abrir y cerrar de ojos.

Por fin, cuando pasadas las once de la noche estaba a punto de claudicar y marcharse a su apartamento, pues necesitaba dormitar aunque fuera unas horas, tres toques certeros a la puerta de personal lograron que el cansancio se disipase, y que el corazón le repicara con fuerza en el pecho.

La descarga de adrenalina no fue suficiente para procesar lo que se encontró al abrirle.

Allí, en la penumbra del callejón, Fede aguardaba, serio y con las ropas maltrechas, sujetando de la cintura a dos jóvenes que a duras penas se mantenían en pie. Ambos se miraron a los ojos, y Antoni, tras reaccionar, los instó a pasar. Una vez comprobó de un vistazo que nadie los acechaba, cerró.

Los muchachos estaban malheridos. Fede logró sentarlos en el frío suelo hidráulico tras el mostrador, y Antoni, con toda la celeridad que le fue posible, se hizo con el botiquín de primeros auxilios.

Entre ambos empezaron a curarlos.

Había brechas en los pómulos y las cabezas, pero no tan profundas como para necesitar puntos. La sangre reseca y coagulada les manchaba el rostro y el cuello, así como las prendas que los cubrían.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Antoni con un hilo de voz mientras aplicaba yodo con una gasa.

Josep, el joven a quien estaba atendiendo, siseó por el escozor. Tenía un ojo morado y la boca destrozada. Aun así, replicó:

—Se convocó una manifestación, pero la disolvieron a la fuerza…

Antoni tragó saliva y siguió ejerciendo de enfermero improvisado.

—Éramos tantos… —musitó el otro joven.

Fede permanecía callado. Solo cuando terminaron de limpiar las heridas y se retiraron al fregadero para lavarse los restos de sangre de las manos, susurró, apurado:

—Por favor, necesito que les des cobijo un par de días, hasta que los ánimos dejen de estar tan caldeados.

—¿Ha sido la policía? —quiso saber Antoni.

—Fue glorioso… Cientos de personas clamando el fin del yugo, el comienzo de una nueva época —soñó despierto, evitando responderle de forma directa.

Antoni lo obligó a poner los pies en la tierra:

—¿Te han hecho algo a ti?

—Ya sabes que soy gato astuto.

—¿Seguro que no estás herido?

—Solo dos días con sus noches, te lo prometo —insistió Fede, poniendo de nuevo el foco de la conversación sobre sus alumnos—. Me los llevaré de vuelta a Barcelona cuando puedan regresar sin ponerse en peligro.

Antoni accedió. Ayudó al tal Josep a bajar por las escaleras, y una vez en la planta baja le dio una serie de instrucciones a Fede, que consiguió preparar un segundo camastro a base de cojines y mantas.

Antoni estuvo de regreso poco después con un caldero humeante de sopa.

—Suerte que sobró del mediodía —indicó mientras lo dejaba en la mesita, sobre un tosco protector de cerámica.

Fede sacó de un cajón los cubiertos y la vajilla «de emergencia» que aún guardaban en el cuartucho, y dispuso cucharas y dos platos de vidrio ámbar, de una marca que presumía de fabricarlos tan duraderos que se podían usar durante toda la vida.

Josep y el otro joven, de nombre Valentín, empezaron a tomarse la sopa como si fuera un manjar de dioses, momento que Antoni aprovechó para, con un último gesto, indicarle a Fede que lo acompañase al pasillo.

Allí se procuraron intimidad al cerrar la portezuela del cuarto. Por fin a solas, se miraron a los ojos.

El peso del mundo pareció caer sobre Fede, que en lugar de retomar el diálogo, se lanzó a sus brazos.

Antoni lo estrechó con fuerza y le dejó llorar. Como nunca antes le había visto hacer, sintiendo que el calor húmedo le traspasaba la camisa, se fundía con el torrente de su alma y volvía a abandonarle en forma de nuevas lágrimas, que brotaban de sus ojos verdes.

Así permanecieron hasta que el silencio reinó en el sótano. Sin soltarse, diciéndoselo todo el uno al otro con el calor de sus cuerpos, con las fuerzas que, gracias al reencuentro, resurgían a saber de dónde.

—Recítame algo… —le pidió Antoni en un susurro.

Y Fede, todo grande como era, pero empequeñecido como un niño al cobijo de su pecho, murmuró, con la mirada perdida en la nada:

—Esta luz, este fuego que devora. Este paisaje gris que me rodea. Este dolor por una sola idea. Esta angustia de cielo, mundo y hora[1]…

---

1 *Llagas de amor.* Federico García Lorca, 1936

Capítulo diecinueve

Año 1986



Eran tantísimos los libros de los que Fede había aceptado desprenderse, que los asistentes a aquella reunión extraordinaria tuvieron que recurrir al ingenio para abarcar la oferta.

Llamadas telefónicas a amistades o familiares, peticiones para que siguieran la cadena, o incluso invitaciones espontáneas desde la terraza a quienes estaban en la calle, inmersos en sus quehaceres o dando un simple paseo.

La casona se llenó de más vida, y así siguió, escenario del ir y venir de gente, como si se estuviese cobrando su venganza por haber tenido vetadas las reuniones multitudinarias durante largos años.

La noche cayó, y solo los miembros del club selecto permanecían en la terraza, inmersos en el recuerdo de los viejos tiempos. Antoni, incapaz de no dejarse llevar por la costumbre, recogía copas y demás menaje. Fede insistió en ayudarlo, pero él lo dejó estar. Le gustaba verlo así, dichoso, parloteando, riendo a mandíbula batiente con aquellos a quienes había dejado huella.

Le recordó en los principios de las sesiones clandestinas, cuando defendía a aquellos hombres, antaño universitarios, como «mentes brillantes», dispuestos a luchar desde la retaguardia por un futuro en el que pudiesen reconstruir el país.

Y pensó en las alumnas de las que Fede también hablaba sin cesar, pero que no lo habían tenido tan fácil como sus compañeros para escaparse a Sitges y burlar los dictámenes del orden, solo por

el hecho de haber nacido mujeres. Ellas, también extraordinarias y resilientes. Como Neus. Como Julieta, a cuyo entierro habían asistido a principios de la década, y que había sido despedida como una heroína.

—Antoni, querido —lo llamó Fede cuando estuvo de regreso en la terraza—, estos incorregibles dicen que no quieren que la velada decaiga.

—¡Vamos a bailar! —exclamó uno de los exalumnos.

—¿A bailar? —se espantó el aún responsable del Café del Mar.

—Pero si la noche de Sitges es mítica. Qué digo mítica, ¡mitiquísima! —añadió otro de los presentes.

Su primera reacción fue desearles que lo pasaran bien, pero que él no se movía de ahí, que estaba cansado. Sin embargo, fue tanto el entusiasmo mostrado por el anfitrión que Antoni no tuvo otra que ceder.

—¡Una copita no le hace daño a nadie!

—Bien dicho, Meri —lo elogiaron.

Tal cual estaban, continuaron bajo el bochorno de aquella noche de verano mientras se desplazaban a pie hacia Trailer, la que había sido la primera discoteca gay del lugar, y que llevaba abierta ya seis años.

El local estaba hasta los topes. Eran muchos los oriundos de Barcelona que contaban con una segunda residencia en Sitges y pasaban cada fin de semana allí prácticamente todo el año, desde el comienzo de los carnavales hasta que el verano llegaba a su fin bien entrado el otoño.

Música de rabiosa actualidad sonaba por los altavoces. Las paredes estaban decoradas con luces de neón, tan chillonas como las vestimentas, maquillaje y peinados de quienes poblaban cada metro cuadrado. Tras la barra, los camareros servían cócteles y de los altavoces manaba, a todo volumen, el último *hit* internacional.

Los cuerpos se movían al son de *Don't Leave Me This Way*, de los Communards, y las risas se mezclaban con el alcohol, el tabaco y demás sustancias.

Antoni, entre espantado y fascinado, seguía al grupo como buenamente le era posible mientras los exalumnos de Fede se abrían

paso. Una vez acomodados, se dejó poner un vaso de tubo en la mano y se dedicó a observar a su alrededor.

Chicas besando a otras chicas. Chicos besando a otros chicos. Algunos con una intensidad que rozaba lo obsceno, por mucho que se buscasen un rincón más tranquilo al fondo de la sala.

¿Tanto habían cambiado las cosas en aquellos últimos años? ¿Era esa la esencia de la libertad, aunque la ley que los declaraba peligrosos y candidatos a la rehabilitación aún no se hubiese derogado?

Empezó a agobiarse. El calor humano era asfixiante; los decibelios, excesivos. Los estímulos visuales, demoledores.

Pero Fede parecía estar en su salsa, encadenando charlas al oído para combatir el estruendo con todo aquel que se le acercaba, y la juventud, como había ocurrido desde el mismo momento en que le conoció, parecía fascinada por sus encantos.

Antoni aguantó y aguantó por él. Logró acercarse a la barra, y cuando iba a llegarle el turno de pedir, vio a uno de los estrambóticos camareros, con el pelo cardado y maquillaje tan imposible como sus plataformas, entregar pequeños envases metalizados a unos clientes junto con las copas que acababa de servirles.

—Cuidaos —les dijo con su vozarrón por encima de la música—, que no quiero enterarme de que me falta ni uno más.

Los jóvenes rieron y se llevaron los regalos con ellos, prometiendo darles uso. Antoni seguía inmerso en la escena cuando el camarero lo llamó:

—¿Tú también quieres uno, cariño?

—¿Un qué?

—Qué va a ser, guapo. Un condón. —Le tendió dos—. ¿Qué te pongo?

Antoni se quedó observando los profilácticos, notando que el rostro le ardía.

—U-Un agua fresca —replicó atropelladamente.

—¿Tú no eres el del Café del Mar? —lo reconoció quien estaba detrás de la barra—. Bonito lugar. Con encanto del bueno. Tengo un amigo que trabaja ahí —añadió, pícaro.

Justo cuando Antoni iba a preguntarle acerca de la identidad de su empleado, notó que le tocaban en el brazo. Al girarse, vio a Fede.

—¡Aquí estás! Ven, no me negarás un baile, ¿verdad?

Nada más le hubo dicho aquello al oído, la multitud se volvió loca cuando empezó a sonar *A quién le importa*.

—¡Disfruta, cariño, al agua invita la casa! —vociferó el camarero guiñándole un ojo.

Antoni se metió a toda prisa los regalos en el bolsillo de la camisa y se limitó a dejarse llevar. Cuando se hicieron un hueco en el centro de la pista, quienes los rodeaban corearon la letra de la canción, que no había dejado de sonar en las radiofórmulas desde su lanzamiento unos meses antes. Fede, todo desparpajo, disfrutaba como el que más, pero el nuevo himno estaba en su apogeo cuando Antoni supo que estaba alcanzando su límite.

Leyendo el agobio en su rostro, Fede le tomó de la mano y se las ingenió para sacarlo de la discoteca. Afuera seguía imperando el aire caliente, aunque se agradecía que no estuviese viciado. La música que escapaba de los límites de la discoteca, sumada a la gente arremolinada en los alrededores del local, tampoco contribuía a que la atmósfera fuera apacible, pero a Antoni le fue suficiente.

—Respira, eso es… —lo alentó Fede tras ponerle una mano en la espalda, frotándosela.

—Vuelve tú adentro si quieres. Yo me marcho.

—No, no. Me voy contigo.

—¿Y no vas a despedirte de tus alumnos?

—Primera norma del club de lectura selecto: nunca hay despedidas, solo «hasta luegos» que se sobreentienden —lo tranquilizó con una sonrisa y, de paso, le ofreció el brazo.

Antoni, aunque en principio reticente, a él se enganchó, y así unidos atravesaron la llamada calle del Pecado, donde se sucedían los pubs y demás locales de ambiente que, tras la inauguración de aquel del que acababan de salir, proliferaban por Sitges.

—Antes me han dado esto… —murmuró Antoni, mostrándole el contenido de su bolsillo.

Fede rompió a reír.

—Ni que nunca hubieras visto uno antes…

—Pero nunca me los habían regalado a la ligera —replicó Antoni.

La sonrisa de Fede se fue atenuando.

—Quizás porque ahora es cuando más falta hace.

Antoni calló. Hasta a él, que vivía en su burbuja y llevaba aquel año inmerso en sus preocupaciones personales, le habían llegado las habladurías.

Recordó la breve conversación que había mantenido horas antes con Josep, cuando le preguntó por la ausencia de Valentín.

«Está indispuesto».

Evocó la pena con la que aquellas palabras parecían haber sido pronunciadas, el semblante resignado del ahora editor. Y cierta sospecha se abrió paso en su pecho hasta brotarle en forma de palabras:

—Es la enfermedad esa, ¿verdad? Dicen que cada vez más gente desaparece de pronto…

Fede le miró, con sus ojos azules como el mar en calma.

—Me temo, querido, que esa es una batalla que tiene que librar la nueva generación.

Antoni, sintiendo que los ánimos se le volvían a ensombrecer, murmuró una vez más:

—Si no es por una cosa, es por otra. La cuestión es que se nos ponga siempre un estigma.

—Celebremos la vida. Porque la vida para nosotros no está sino empezando.

Sonaba irónico que lo afirmase con tanta convicción, estando ya jubilado y con Antoni a dos pasos de seguirle, pero quiso creer que llevaba razón.

Habían batallado tanto que estaba agotado. Solo quería sacarle el jugo a cada día, a cada noche que le restase en su compañía. Y que el resto del mundo lo perdonase por no sumarse a librar las nuevas guerras que estuviesen por llegar, pero necesitaba el descanso.

Justo cuando iban a llegar al punto en que se debían emprender rumbos distintos para digiriese a la casa de uno u otro, Antoni decidió ponerle fin, de manera definitiva, a una de esas etapas.

Y lo hizo haciéndole una propuesta quizás no tan estridente como aquella escapada a la discoteca, pero igual de inaudita:

—¿Pasamos la noche en mi apartamento? Será la despedida y cierre, así mañana termino la mudanza y le entrego las llaves al casero.

Fede, tras quedarse mirándolo, volvió a reír.

—Es la primera vez en veinticuatro años en que me invitas a tu casa.

—Mentira. Te recuerdo que el cuarto fue mi casa durante un tiempo, y ahí bien que te invité.

—Acepto —contestó, para acto seguido añadir, mientras le sacaba la cadenita que llevaba al cuello—: Una llave a cambio de otra.

Sin demorarse ni un segundo, le colgó la copia de la que le permitiría acceso a su nueva morada.

La morada de los dos. Esa que se moría de ganas por compartir con él, sin que le importase lo que pudieran pensar los demás.

Capítulo veinte

Año 1977



Aquel 15 de junio, el país entero se levantó deseoso de salir a las calles. De acudir a los colegios designados para votar, ejerciendo el derecho a la democracia por primera vez en cuatro décadas.

Por supuesto, Antoni y Fede acudieron a la cita en Sitges. Y lo hicieron hablando entre ellos, así como con todo aquel conocido con el que se toparon, saltando del español al catalán sin miedo por el cambio lingüístico. A plena luz del día.

El viento que soplaba traía consigo aire caliente, anuncio de que estaban a las puertas de inaugurar el verano. Mientras abandonaban el recinto tras haber depositado sus respectivas papeletas en la urna, el Oriol, tras unirse a ellos, comentó como si tal cosa:

—*Quan marxes a Barcelona*[1]*?*

Fede rio antes de contestar:

—¿Cómo sabes que me voy?

—Porque siempre lo haces cuando se mete el *garbí* estando en Sitges.

—Mañana. Pasaré unos días allá, tengo mucho lío con la recta final del curso.

Antoni, siguiéndoles el paso, guardó un estoico silencio.

Junio siempre era un mes de lo más atareado para quienes formaban la comunidad universitaria, pero había otro motivo de peso que justificaba el que Fede tuviera que ausentarse durante las siguientes semanas.

Un motivo del que estaba al tanto, y que lo enorgullecía y asustaba a partes iguales.

—¿Vas a abrir el café, Antoni?

—¿Qué pregunta es esa?

—Es verdad, no sé ni para qué la hago —reconoció Oriol.

—¿Te unes a la sesión del club, querido? —lo invitó, por enésima vez, el coordinador.

—A mí es que eso de los libros no me va mucho, Meri…

—En otra ocasión será —se salió por la tangente sin perder el buen humor.

Y así, aquel domingo extraordinario jugó a ser corriente amoldándose a las rutinas del Café del Mar: las familias, parejas y amigos que atravesaban sus puertas para tomar el aperitivo; las amantes de la lectura que se citaban para comentar, además de las elecciones generales, la última novela que habían escogido; los solitarios que preferían sentarse a la barra para escuchar la evolución de los comicios por la radio.

Puesto que era un día especial, Antoni indicó que cerrarían una hora antes de que lo hiciesen los colegios electorales, por eso de que nadie esgrimiese como excusa para no ir a depositar el voto que se había «liado» en el café.

También por estar viviendo un evento remarcable, accedió a pasar aquella noche en la casona. Ambos compartiendo una cena improvisada y una botella de vino mientras seguían, en el televisor que Fede había comprado a plazos no hacía mucho, las noticias.

Las encuestas ya daban como ganador a Suárez. Antoni, aunque estaba deseando conocer los resultados finales, parecía más fascinado por ver las imágenes en movimiento a todo color.

—Parece cosa de brujería… —murmuró, sin apartar la atención de la pantalla.

—Tiempos de cambio. A todos los niveles, incluso el tecnológico —sentenció Fede, mientras alzaba la copa hacia los presentadores del espacio televisivo.

Quien permanecía a su lado se supo incapaz de seguir mordiéndose la lengua:

—¿No será muy arriesgado lo de la manifestación?

—La vida es riesgo.

—¿Y si se repite lo de aquellos muchachos y os apalizan?

—No podrán con tantos que nos vamos a juntar —afirmó Fede, orgulloso.

Antoni se dejó arrastrar por un huracán de sentimientos contrapuestos. Le parecía loable que años de maquinaciones en la clandestinidad fueran a derivar en la gran marcha que, si nada lo impedía, iba a tener lugar a finales de ese mismo mes en pleno centro de Barcelona. Pero, por otro lado y por mucho que el motor de la democracia se estuviese poniendo en marcha, seguía gripado en lo concerniente a las fuerzas del orden, amparadas por leyes que estaban lejos de erradicarse.

—¿Me lo contarás todo?

—Con tanto detalle que será como si tú también lo hubieses presenciado —le prometió Fede.

Antoni, dejándose llevar por el impulso, murmuró:

—En verdad, sí que me gustaría verlo…

Fede, sin dudarlo, replicó:

—Pues ven.

Antoni le sostuvo la mirada, como si le reprochase que a esas alturas no comprendiera que no quisiese tomar un papel tan activo. Pero su compañero, que lo conocía bien, concretó:

—Escápate el 28 a Barcelona. Nada te impide tomarte un día libre para dar un paseo por La Rambla, casualmente a la misma hora en la que un montón de travestis, bolleras y maricones le van a clamar al mundo que están hasta el coño de que se las silencie. Y ya que estás, pues te haces a un lado y las ves pasar, porque seguro que van a dar la nota.

Antoni tampoco desvió los ojos de los suyos mientras asimilaba que Fede tenía razón. Nada se lo impedía.

Una parte de sí mismo clamaba que debía formar parte de aquello, aunque fuese como espectador. Esa misma parte que le recordaba que en una guerra, quienes aguantaban en las oscuras trincheras eran tan importantes como los que se ofrecían para saltar a primera línea de fuego.

—Si lo haces, cuéntame tú a mí cómo fue —pidió Fede con una sonrisa emotiva—. Quiero vivirlo también desde tu punto de vista.

—No prometo nada, pero si al final me decido, cuenta con ello —contestó, devolviéndole el gesto.

Y mientras brindaban entrechocando sus copas, en la radiotelevisión española seguían ofreciendo datos del recuento en aquellas elecciones generales que pasarían a la historia.

---

1 ¿Cuándo te marchas a Barcelona?

Capítulo veintiuno

Año 1986



Sentado en su rincón preferido, mientras releía pasajes de uno de los libros que había decidido mantener en su biblioteca personal, Fede observó con nostalgia el Café del Mar.

Iba a echarlo de menos. Aunque el edificio en sí conservase su carácter sin perder ni uno solo de sus elementos arquitectónicos, nada sería igual sin la figura siempre presente de Antoni.

Ya fuera tras el mostrador, entablando conversaciones con los habituales o coordinando al personal, su aura impregnaba cada rincón con una esencia que ya formaba parte misma del entorno.

Aun así, Fede aceptaba que todo lo bueno tenía que llegar a su fin, y ahora que el mes de plazo se estaba acabando, en su fuero interno se extendía la culpabilidad al sentirse egoísta por convencer a su pareja de que no dejase el café en manos del primero que quisiese ponerse al mando.

Seguía pensando que sus motivos eran loables, pero también resultaba más evidente que nunca a sus ojos que Antoni estaba cansado. Que esa fatiga constante no se iba con una buena noche de sueño.

Si el Café del Mar era para muchos un templo, Antoni, en calidad de líder espiritual, se merecía de una vez por todas colgar los hábitos.

Ya lo hablaría con él en la terraza. Tomaría una de sus manos entre las suyas, y mientras repasaba los relieves de los callos, las arrugas y las venas que sobresalían por entre los nudillos, le

agradecería sus esfuerzos, pero lo alentaría a que, si era de corazón su deseo, no siguiera nadando contracorriente.

Que lo que más anhelaba era vivir el ocaso con él. Que él pudiese vivir el ocaso a su lado. Sin preocupaciones, sin horarios. Y apuntándose, ya que estaban, a los viajecitos esos organizados por el gobierno con precios especiales para pensionistas, de los que todo el mundo estaba hablando.

Su mente había empezado a divagar con marcharse juntos a Palma de Mallorca o a donde fuese que el Ministerio quisiera largarlos cuando se dio cuenta de que Antoni estaba hablando con Jaume.

El joven, vistiendo su uniforme, parecía relajado. De hecho, su postura le resultó bastante más erguida de lo acostumbrado.

Por primera vez en todo el tiempo que el camarero llevaba trabajando ahí, tuvo la impresión de que ambos se trataban de tú a tú, sin barreras protocolarias derivadas de la relación laboral que los unía.

Observó que Antoni, tras asentir con un cabeceo, abandonaba el mostrador para dirigirse a otra mesa situada en el extremo opuesto del café, junto a los ventanales. Fede no tuvo ocasión de seguir sus movimientos, pues Jaume no tardó en reclamarlo:

—Hola, Meri —lo saludó.

—Hola, querido. Estoy bien, no me pongas nada más por ahora —replicó, afable.

Jaume esbozó una sonrisa cándida y le miró a los ojos. Luego procedió a despojarse de los roles también con él:

—En verdad, me gustaría pedirte que te cambies de mesa y te unas a nosotros.

Fede se dio cuenta de que estaba señalando a donde Antoni ya aguardaba. Aceptó, incorporándose no sin algo de dificultad, y a medida que se acercaba, comprobó que su compañero no estaba solo.

Ahí, ocupando una de las sillas, había otro joven. Su ojo crítico lo llevó a calcular que debía de rondar la edad de Jaume, y que, al igual que su camarero favorito, tenía ese aire que mezclaba la

lozanía con la seguridad de estar ya en la época dorada de la madurez.

—Buenos días —saludó.

Antoni le hizo un gesto con la cabeza. En cuanto a su acompañante, se incorporó para estrecharle ambas manos.

—Fede, me han hablado tanto de ti que estaba deseando conocerte… —Sin perder la sonrisa ni soltar el suave aunque firme agarre, añadió—: También me advirtieron que nunca te tratase de usted…

—Ni se te ocurra —corroboró, para a continuación preguntar—: ¿A quién tengo el honor de conocer?

Fue Jaume quien se encargó de concluir las presentaciones:

—Es Alejandro, mi pareja. Por favor, sentémonos los cuatro.

Antoni y Fede intercambiaron una rápida mirada, y este último encontró chocante, aunque de lo más agradable, no detectar en él indicio alguno de incomodidad.

Fue Antoni quien se apoderó del turno de palabra. Y lo hizo con una resignación que, en lugar de sumarle pesares, se los restaba:

—¿Sabes qué, Meri? Tanto volverme loco poniendo anuncios por aquí, entrevistando a *yupis* de esos por allá, y teníamos la respuesta delante de las narices.

Fede, captando la indirecta, desvió la atención hacia Jaume.

—Verás —procedió este a explicarse—, es que le he comentado a don Antoni que…

—Antoni a secas.

Jaume sonrió y continuó:

—Le dije a Antoni que si aún no tiene a quien traspasarle el negocio, que nos tenga en cuenta a Alejandro y a mí.

Fede miró a la pareja y apuntó:

—De ti sé que tienes experiencia de sobra en la hostelería, y que conoces al milímetro el café. —Luego, dirigiéndose a Alejandro, añadió—: ¿Y tú?

—Podría decirse que si hay alguien que ha tenido el Café del Mar siempre presente en su vida, soy yo —contestó.

—Sé directo —lo alentó Jaume.

—El edificio ha pertenecido a mi familia desde la época de mis abuelos —reveló el joven—. Aunque siempre hemos respetado la libertad de quienes han explotado las instalaciones con sus negocios, se podría decir que es un lugar muy importante para nosotros.

Fede, con los ojos bien abiertos, replicó:

—¿Eres un Marçal?

Alejandro asintió.

—Cuando Jaume y yo nos conocimos y me contó que trabajaba aquí, me abstuve de desvelarle demasiado rápido mi secreto. No quería que se sintiese presionado —recalcó, divertido.

—De hecho, me enteré meses después… —rezongó su novio.

—Mis hermanos y yo deseamos que el café siga siendo una institución en Sitges al menos una generación más, pero lo cierto es que ellos no tienen inquietud por emprender, y mientras reciban su parte del arrendamiento, les da igual si quien decida explotarlo lleva su sangre o no.

Jaume volvió a dirigirse a Antoni para hacerle la oferta definitiva:

—Estamos interesados en el traspaso. Contamos con la cifra que pides, y aunque queremos hacer algunas reformas, nuestra intención es mantener la esencia de este lugar.

—¿Qué reformas? —se interesó Fede.

—Quizás retapizar las sillas —concretó Alejandro—, y darle un pequeño aliciente a la clientela más joven para elegirnos entre tanta oferta que hay por los alrededores.

—Un billar —desveló Jaume—. Es una inversión que se puede recuperar relativamente pronto con las consumiciones que generará.

Antoni se echó a reír por lo bajo.

—Un billar en el Café del Mar… —repitió, como si lo encontrase inaudito.

—Pues es buena idea —los aleccionó Fede.

—Y me gustaría ocuparme personalmente de que el club de lectura no se pierda —añadió Jaume por su parte—. Proponer una agenda de actividades culturales complementarias sería estupendo.

Fede, emocionado, asintió con un cabeceo, pues sabía lo genuino que era el interés que, desde el primer contacto, Jaume había tenido por las reuniones quincenales de los amantes de los libros.

—Ya ves —recapituló Antoni, dirigiéndose a Fede—. Delante de las narices.

Este volvió a sonreír.

Luego le dio el empujón final:

—Decidas lo que decidas, querido…, tienes todo mi apoyo. Como siempre.

Y Antoni, tras permitirse unos últimos segundos de reflexión, tendió la mano derecha a su aún empleado.

—Trato hecho.

Jaume, conteniendo a duras penas el júbilo, se la estrechó.

—Gracias, Antoni…

—No, gracias a ti.

Este luego le estrechó la mano a Alejandro. A continuación, Fede y él se mantuvieron en un segundo plano, aunque no demasiado discreto, cuando la joven pareja pareció olvidarse de que no estaban solos y lo celebraron entre ellos primero con un cerrado abrazo, luego con un beso en los labios.

Y como si aquellas muestras de amor en público fuesen la mejor prueba del relevo generacional que iba a efectuarse con el cambio de titularidad en el negocio, Fede y Antoni, ambos pilares del alma del Café del Mar, supieron que aquella sí que era la decisión correcta.

Capítulo veintidós

Año 1977



Antoni abrió los ojos cuando los rayos del sol se colaron en su dormitorio, sin someterse a las imposiciones del despertador.

El día antes había colocado un aviso en el Café del Mar. La clientela protestó, el personal lo celebró, pero todos ellos por igual encontraron inaudito que permaneciese cerrado aquella jornada, pues por algo los domingos era cuando mayor trasiego acusaba la entidad.

Pero se escudó en que iba a visitar a un familiar al que hacía muchísimo que no veía. Y lo hizo sin remordimientos. Qué demonios, para algo era quien sostenía la batuta y marcaba los ritmos en aquella pequeña pero célebre «orquesta» de Sitges, y ese 28 de junio dicha batuta no saldría de su estuche.

Se hizo a la calle con la misma tranquilidad con la que desayunó en su minicocina. Disfrutó de las cálidas temperaturas y paseó sin prisas hasta la estación. Apenas saludó a conocidos y se subió al primer tren con destino a la ciudad condal. Logró sentarse junto a una ventana, y con la mirada puesta en la estampa del Mediterráneo dejó que se le escurriesen los minutos mientras deshacían kilómetros hacia el norte.

Al descender en la estación de Sants, pero, sobre todo, tras salir de ella, observó asombrado cómo había cambiado aquel sector de la ciudad desde la última vez que estuvo allí. La ciudad no dejaba de transformarse, de crecer, para dar cobijo a los miles de andaluces

que desde la anterior década se habían instalado en Barcelona y alrededores en busca de una vida mejor.

Acostumbrado a la relativa calma de Sitges, la gran ciudad le fascinó y aterró a partes iguales. Era bulliciosa, despiadada, pero al mismo tiempo estaba llena de vida.

Decidió prolongar el paseo hasta la Plaza de España. Aquella descomunal rotonda, con la Plaza de toros a un lado y los edificios de la Fira a otro, terminó de saturarle. Se armó de valor para acceder al subsuelo y tomar la línea de metro, a fin de dirigirse a la zona de la que, según la información privilegiada con la que contaba, arrancaría aquella tarde la manifestación.

Mató el tiempo echando un café por ahí, un tentempié por allá, observando y tomando referencias sobre posibles cambios a aplicar en su negocio, pero, sobre todo, viendo pasar a la gente por La Rambla.

Le asombraba la cantidad de personas que ascendían y descendían por ella. De todas las edades y vestimentas, algunas más sobrias, otras más extravagantes. Vestidos demasiado cortos, barbas demasiado largas.

¿Demasiado? ¿Demasiado según qué criterios?, se cuestionó.

Se unió a la marea humana y evocó a Fede, recitándole, apasionado, palabras de su *granaíno*. Las recordaba bien, pues las había repetido en la antesala de su partida la última noche que pasaron juntos.

«La calle donde viven juntas a la vez las cuatro estaciones del año, la única calle de la Tierra que yo desearía que no se acabara nunca, rica en sonidos, abundante de brisas, hermosa de encuentros, antigua de sangre».

Le echaba de menos, tanto que a esa congoja por la añoranza se le sumaba la expectación, el miedo por desconocer cuál sería el devenir de los acontecimientos. Pero al miedo se le hacía frente mirándole a los ojos, y él estaba decidido a mirarlo fijamente, aunque fuese en la distancia.

Así que regresó a las inmediaciones del Monumento a Colón y siguió deambulando, a paso tranquilo para no llamar la atención, siendo testigo, al igual que el célebre navegante, de cómo en el

extremo sur se iban juntando miles de manifestantes a sus pies: los convocantes oficiales del evento, capaces de tejer aquella red de contactos en la clandestinidad; militantes políticos; familias simpatizantes; feministas; hombres y mujeres que, pancartas y proclamas en mano, anunciaban a gritos que no aguantaban ni un minuto más siendo ninguneados, perseguidos, menospreciados.

Una nueva marea humana se apoderó de La Rambla y por ella empezó a subir. Antoni, situado en la avenida contigua con una estrecha carretera de por medio, observaba, emocionado y rodeado de más gente que tampoco dudaba a la hora de manifestar su opinión sobre lo que estaban presenciando.

—Qué vergüenza de gentuza —farfullaban unos.

—Esto antes no pasaba —protestaban otros.

Pero a medida que iba subiendo para seguir presenciando la manifestación, Antoni escuchó que, junto a él, también había anónimos que aplaudían. Que celebraban aquella valentía y mandaban aliento.

Entonces, le vio.

Fede, sujetando una pancarta, repetía a pleno pulmón uno de los lemas, consiguiendo que cuantos le rodeaban se sumasen a la cantinela.

—¡Abajo la Ley de Peligrosidad! —oyó su voz, potente y brillante, alzándose por encima del estruendo.

Dicha voz le tocó cada fibra, cada recoveco de su ser.

Aquel desfile glorioso siguió su curso, pero tanta era la gente aglomerada por los alrededores que Antoni no pudo seguir avanzando.

Desde esa maldita distancia, escuchó los gritos, las órdenes, los disparos de las pelotas de goma. Las mismas que ya habían sido lanzadas el año anterior, durante la manifestación de *l'Estatut d'autonomia*[1].

Los grises, a la altura de Canaletas, cargaron para poner fin a lo que consideraban una ofensa y un sinsentido. Transexuales y travestis, con la valentía de quien nada tiene que perder, les hicieron

frente, haciendo de escudo humano para proteger a los demás y, sobre todo, dejarles claro que no les tenían miedo.

En medio del caos, Antoni logró llegar él también a La Rambla. Trató de buscarle entre la gente que corría, que insultaba y se batía, con orgullo, en retirada de aquella manifestación que puede que fuese la primera, pero que no sería la última.

Desesperado, no lograba dar con Fede.

Vio pasar a su lado a dos jóvenes que, tomados de la mano, se alejaban a toda prisa. Pensó en Josep y Valentín, a quienes había dado cobijo, y se instó a imitarlos.

Él también se dispersó, marchándose en dirección al Barrio Gótico. Entre sus callejuelas oscuras encontró de nuevo calma, y en cuanto le fue posible, accedió al metro y recaló en la estación de Sants para subirse al primer tren con dirección a Sitges.

La noticia de la *manifestación gai* no sería recogida por la televisión, pero sí por la prensa. Un evento cuyos ecos traspasarían fronteras y conciencias.

En cuanto a él, se adentró en su apartamento ya caída la noche. Silencioso, sin interactuar con nadie. Sin que nadie supiese dónde había estado metido.

Sin que nadie supiese que volvía a tener el corazón en un puño.

Tras cambiarse, se fue directo al Café del Mar. Mató la inquietud colocando copas, barriendo el suelo y encargándose de otras tareas mecánicas que no le correspondían, hasta que por fin sonó el teléfono.

—¿Fede? —preguntó con un hilo de voz en cuanto descolgó.

—¿Cómo fue, querido? —replicó este desde el piso de Vicent.

Antoni dejó que el aire retenido en sus pulmones fuera saliendo, y al volver a inhalar se sintió revivir.

—Un desfile de rosas —contestó Antoni—. Rosas rojas, como la sangre antigua de la única calle que no debería tener fin.

Tras unos segundos en los que pareció estar asimilando aquel amago de recital, Fede rompió a reír, pletórico.

—Rosas con espinas para defenderse de quien trate de arrancarlas y pisotearlas —añadió por su parte.

Antoni, aliviado, tomó asiento en un taburete.

—¿Cuándo vuelves?

—Mañana a primera hora. ¿Me esperarás?

—Siempre. Te vi, ¿sabes?

Y Fede, con una sonrisa temblorosa que Antoni pudo intuir, añadió:

—Ni por un segundo lo dudé.

---

1 El 1 de febrero de 1976 tuvo lugar en Barcelona la primera gran manifestación tras el fin de la dictadura, bajo el lema «Llibertat, amnistia i Estatut d'Autonomia" (libertad, amnistía y estatuto de autonomía).

Capítulo veintitrés

Año 1986



Los trámites burocráticos eran siempre farragosos, pero el que una de las partes interesadas en el traspaso del Café del Mar contase, además de con respaldo económico, con un notario de confianza tras décadas ocupándose de los asuntos familiares, lo facilitaba todo. Y en esos términos, «facilitar» implicaba acelerar.

Aun así, la transición fue cómoda, sin grandes sobresaltos. El propio Antoni comunicó la noticia a la plantilla, y a esta se le dio la opción de quedar bajo el mandato de los nuevos dueños, o bien rescindir contrato en las mejores condiciones posibles. La totalidad de los empleados decidieron continuar, aunque iba a costarles lo suyo dejar de ver a Jaume como a un compañero más y pasar a tratarle como al jefe.

Las risas y comentarios jocosos iban ligados al respeto. Tampoco se cernieron las habladurías sobre su recién desvelada relación con uno de los Marçal. De hecho, lo que más preocupaba a los trabajadores era si les iban a subir un poco el sueldo, «por eso de compensar tanto trajín», y a los habituales, que no cambiasen de proveedores de bebidas espirituosas.

—Niño, ponme un *suau*, que hace calor —pidió el Oriol para acto seguido añadir, con cierta guasa—: No tienes problema en que cuando seas el dueño te siga llamando niño, ¿verdad? Podrías ser mi hijo.

Jaume rio.

—Claro que no hay problema. Marchando un *suau*.

—¿Y el novio ese, de dónde lo sacaste? Calladito te lo tenías…

Antoni, aún detrás del mostrador, suspiró sin perder la sonrisa. Supuso que Jaume era el misterioso amigo de quien, subido a unos taconazos, servía copas en la discoteca.

La mañana avanzó, y estaba a punto de convertirse en tarde cuando sonó el teléfono. Fede, inmerso en la lectura de los periódicos, digirió hacia él la mirada. Cuando sus ojos se cruzaron, supo que había llegado el momento.

—Era Alejandro —anunció Antoni—. Ya podemos ir.

Jaume asintió con un cabeceo. Se formó un silencio denso, solemne. Hasta el mismísimo Café del Mar enmudeció, porque cuando Antoni volviera a poner un pie en él, ya no le pertenecería. Las letras, siempre poderosas, dejarían constancia de que el negocio pasaba a manos de otro, y una nueva etapa daría comienzo.

Fede buscó su mano cuando Antoni pasó junto a él para estrechársela con afecto.

Le había preguntado si deseaba que los acompañase, aunque fuese a aguardar en la sala de espera, pero Antoni le había dicho que no era necesario. Así que respetó su voluntad y ahí se quedó, encadenando conversaciones, repasando las secciones de cultura, internacional y las columnas de opinión.

La pareja y Antoni aún no habían regresado cuando empezaron a llegar ellas, siempre al pie del cañón. Sus guerreras literatas, amantes de los libros, victoriosas al no haberse doblegado ante aquellos que, tiempo atrás, las miraban con desdén por querer formar parte de un club de lectura en lugar de dedicar su tiempo a otras labores más «acordes».

Y su guerrero, aliado fiel y devoto, aunque en esa ocasión actuase como doble espía.

—Deberías comprarte tú también una casita en Sitges, con lo mucho que vienes últimamente —bromeó Fede al recibir a Josep con un abrazo, si bien en el fondo lo decía en serio.

—Quizás me lo plantee.

—¿Tan bien va el negocio editorial?

Su exalumno hizo un gesto con la mano, como pidiéndole que no entrasen en detalles, y el grupito se centró en nuevas charlas

distendidas. Y en pedir consumiciones, por supuesto.

De hecho, iban aún por las primeras cuando Antoni, Jaume y Alejandro estuvieron de regreso. Los tres portando unas carpetas de cartón con el emblema de la notaría. El primero, además, poseedor de una cuantiosa suma en la cuenta corriente y hora en la gestoría para que empezasen a tramitarle los papeles para convertirse en pensionista.

—¿Ya está cerrado? —se animó a preguntar el Oriol.

Fue Jaume el que dio la noticia:

—Sí.

—La casa invita a una ronda para celebrarlo —anunció, a su vez, Alejandro.

Plantilla y clientela rompieron en un aplauso, y las cañas corrieron hasta para los camareros, los encargados de cocina y freganchines. Todos se reunieron ahí, en la gran sala del Café del Mar, para conmemorar el momento, y Fede, enganchándose del brazo del ya exempresario, propuso un brindis general:

—Por los comienzos.

—¡Salud! —replicaron al unísono.

Josep disimuló el azoramiento cuando notó primero la mirada inquieta de Antoni puesta en él, y luego la de Fede.

Y es que ninguno de los dos sabía que había tramado con el otro. Dicho de otra forma, con ambos…

—Mi querido profesor Jover, Fede, Meri —inició el discurso que había preparado—, hay sentimientos que se desbordan como el mar una noche de luna llena. Tan intensos que no hay plasmación que les haga justicia. Y sin embargo, el agradecimiento que sentimos todos por ti merece ser inmortalizado. —Tras una corta pausa, sacó del maletín que había dejado sobre una silla un paquete; apenas un bulto envuelto en papel de buen gramaje—. Qué mejor manera de inmortalizar una historia que en forma de libro.

Le tendió el paquete, pero cuando Fede hizo ademán de tomarlo, Josep se dirigió a Antoni:

—Y mi querido Antoni, salvador entre las sombras…, también te queremos dar todos las gracias por darnos cobijo. Un lugar donde expresarnos libremente —agregó, consiguiendo que las

componentes del club de lectura, así como Enrique, asintiesen satisfechas—. Donde nutrir el espíritu con las amistades y las lecturas, tanto con las que nunca debieron estar prohibidas como con las que nunca sufrieron semejante destino.

Antoni sonrió, pero a su rostro asomó el desconcierto cuando el joven tomó tanto su mano como la de Fede, dejando entre ambas el obsequio.

—Por favor, abridlo juntos —pidió Josep.

Jaume y Alejandro, con los ojos vidriosos, no se perdían detalle de aquel homenaje del que formaban parte. Ni Neus, ni Oriol ni Marcial ni tantos otros. Ni la plantilla. Y es que todos ellos, en la medida de sus posibilidades, había contribuido a que fuese posible.

Fede y Antoni se miraron, y tras dejar los vasos de cerveza en una de las mesitas, se dispusieron a retirar el envoltorio del que iba a ser, aunque ellos aún no lo supieran, el regalo de sus vidas.

Capítulo veinticuatro

Año 1979



Apenas habían pasado algo más de veinte meses desde las primeras tras la caída del régimen, pero España entera se volcó en las nuevas elecciones generales. La primavera daba visos de querer instalarse en Sitges aunque aún le quedasen unas semanas según el calendario, y las primeras flores se abrían, las mariposas revoloteaban y la piel se exponía a la tibieza del sol mientras las urnas se llenaban de papeletas.

Fede, entusiasmado tras haber sido elegido para una de las mesas, revisó cada nombre de los vecinos que acudían a emitir su voto, y ayudó a contabilizarlos una vez cerrado el colegio, a fin de que los resultados se mandasen a las entidades correspondientes.

Nada más acabar con el deber, se dirigió raudo hacia la casona. Antoni, tras mucho insistirle, se había quedado con su llave y allí lo esperaba.

No le dejó preguntarle cómo le había ido, si ya circulaban los rumores sobre hacia dónde apuntaban los resultados y tantas otras cuestiones.

Fede, borracho de euforia por lo que consideraba un nuevo avance gracias al respaldo de la Constitución, lo acorraló contra una pared nada más cerrar la puerta, y ahí mismo se apoderó de sus labios. Lo fue despojando de las prendas en un camino accidentado hasta el dormitorio, y en la amplia cama que ya sentía de ambos aunque Antoni se resistiese a mudarse, se dejó llevar por el arrebato.

Solo cuando tiempo más tarde se encontraron ambos sobre el lecho, laxos tras las oleadas de placer, Antoni se dispuso a volver a la realidad:

—¿Ni los interventores te han sabido decir?

Fede, jugueteando con el vello de su pecho, esbozó una sonrisa astuta.

—Calma, querido… Ya conseguimos que eliminasen esos artículos de la ley. Ahora hay que centrarse en que modifiquen la de escándalo público.

—Mucho progreso y mucho cuento, pero no son capaces de derogarla al completo —protestó Antoni.

—Hay que ser paciente y seguir en la batalla, celebrar cada victoria aunque parezca pequeña… —Volvió a sonreír, pícaro, al rozar cierta región de su anatomía con el muslo y sentir que esta de nuevo reaccionaba—. Coger fuerzas para el siguiente asalto.

—Si lo dices con segundas, estoy cansado, y tú también deberías estarlo.

—Cansado no, exhausto, pero aún me quedan cinco vidas que quemar.

—No me salen las cuentas… —le siguió Antoni el juego.

Fede rio. Sí, estaba agotado, no veía el momento de darse una ducha —preferiblemente en compañía—, cenar algo rápido y servirse un vinito, pero estar ahí con él se le antojaba el paraíso.

—Son momentos propicios para soñar —siguió en su delirio.

—¿No se nos han acabado ya los sueños? —replicó Antoni mirándole a los ojos.

—Que los sueños nunca se acaben, y menos ahora, que podemos soñar sin límites.

Antoni esbozó una sonrisa. ¿Para qué conformarse con lo onírico, si ya estaba viendo una dulce realidad que antaño creyó imposible?

—¿Y con qué te atreverías a soñar sin medida?

—Ya sabes que siempre quise emular al más grande…

—No me lo digas: a tu Federico —contestó, fingiendo hartazgo para chincharle.

—Sí… Atreverme de una vez por todas a escribir algo propio —enumeró Fede sus fantasías literarias inconfesables.

—¿Tú, escribiendo?

—Solo para mí. Me temo que mis versos no estarían a la altura de publicarse.

—Para ti solo, no. —Sin dejar de mirarle, añadió—: Para mí también.

Fede le devolvió la sonrisa. Tierna como la de un adolescente enamorado, pese a estar enmarcada por líneas de expresión y canas rasuradas.

—La vida es sueño y los sueños, sueños son —musitó, recitando a Calderón de la Barca—. Salvo que se nade en pesetas. Entonces, sí que pueden dejar de ser sueños.

—Si del dinero depende, apañado vas —volvió Antoni a ponerle los pies en la tierra.

Fede rio, pero en lugar de permanecer ahí, en el lecho, se incorporó y tiró suavemente de la mano para que lo siguiera. Ya ambos en pie, murmuró contra su boca:

—Pues si la vida así es sueño, que nadie se atreva a despertarnos.

Y mientras volvían a besarse, se empezaron a anunciar los primeros resultados de los comicios. Los últimos generales a celebrar en el país antes del cambio de década.

Capítulo veinticinco

Año 1986



Cuando retiraron el envoltorio, Antoni y Fede sostuvieron un libro. No de los que se podían adquirir en el circuito tradicional de las librerías, sino uno realizado por encargo, con mimo, en el que habían participado un número nada desdeñable de profesionales con la coordinación de Josep.

Antoni, autor de la idea, contempló el resultado: el volumen, editado en tapa dura, tenía la cubierta de un llamativo color verde en el que podía intuirse, en relieve, la silueta de una copa. «Que salga su cáliz de la esperanza», le había pedido al editor.

Fede se dio cuenta del simbolismo de la portada, y leyó, solemne, el título:

—*Otro poeta en Nueva York*.

La autoría no figuraba ahí, ni en el lomo. Tampoco había sinopsis en la contraportada. Lo que sí encontró, tras varias páginas en blanco de cortesía, fue el prólogo.

Sus ojos de lector inquieto pasaron por las primeras líneas sin poder evitarlo, y luego fueron a posarse sobre los de quien estaba a su lado, observándolo; con una sonrisa dulce en el rostro, que ya desde ese momento no parecía castigado por la fatiga.

—¿Pero esto qué es…? —preguntó Fede con la voz rota.

—Tú lee —lo alentó Antoni.

Fede buscó entonces la mirada de Josep, quien también le dedicó una sonrisa. En el caso de las componentes del club de lectura, lo mismo. Así que carraspeó y, tras tomar aire profundamente, empezó

a recitar aquellas palabras grabadas en tinta sobre la superficie apergaminada, proyectando la voz con el diafragma:

—En octubre de 1986, Fede, la Meri, guía de muchos, luz de todos, partió junto a su compañero, Antoni, en dirección a Santander, donde tomaron un barco que los llevó al sur de Inglaterra… —Con los ojos anegados de lágrimas, tuvo que hacer una pausa—. ¿Pero esto es de verd…?

—Que leas, hombre —insistió Antoni.

—Al sur de Inglaterra —siguió, con la voz rota—, y de ahí marcharon a Southampton, para embarcar en el crucero que, atravesando el Atlántico, tal y como hizo Federico, el más grande, los condujo a la sombra de la Estatua de la Libertad y los esperó por espacio de dos semanas, mientras ellos recorrían Nueva York.

En vistas a que su antaño profesor no podía continuar por la emoción, Josep recitó de memoria el último párrafo:

—Los versos, anotaciones y anécdotas que siguen, son fruto no solo de ese viaje, sino del viaje de toda una vida.

A continuación, Neus le hizo entrega de una pluma estilográfica.

—Aportamos entre todos para mandarte al otro lado del charco, así que más te vale que dejes salir al poeta que llevas dentro, porque en la próxima sesión del club a la que asistas como miembro, querremos fisgonear qué has escrito —afirmó, resuelta, como si aquello fuese una amenaza soterrada.

Las lágrimas corrían libres por las mejillas de la Meri.

—Y ahora ya sabes a qué venían, en parte, las prisas por traspasar esto —concluyó Antoni—. Que los pasajes para el crucero no son baratos.

—Y espera, que aún no hemos terminado. —Josep, con gesto suave, tomó de las manos de su mentor tanto el libro como la pluma, y tras apoyarse en una de las mesitas del café, abrió el volumen por la primera página de cortesía y se dispuso a escribir en ella—. Así nos llevarás a nosotros también de viaje.

Uno a uno, los presentes fueron dejando su firma y una pequeña dedicatoria. Cuando acabaron, Fede se dirigió a su apoyo, su sol, su inspiración.

—¿Y tú? ¿No vas a escribir nada?

—Sí, pero no con la pluma esa —respondió Antoni para, acto seguido, tomarle de la barbilla y, por primera vez en todos aquellos años, plantarle un señor beso en los labios delante de tanta gente.

Los testigos empezaron a aplaudir, a silbar. Incluso algún bromista soltó aquello de «viva los novios». Fede, de nuevo con la mirada licuada, rio.

—Me temo que a eso no llegaré, pero seguro que, en el futuro, más de unos y más de unas sí que podrán —sentenció, en el convencimiento de que los tiempos seguirían cambiando.

Jaume y Alejandro propusieron otro brindis y se encargaron de rellenar los vasos que estaban a medio vaciar.

—Por Antoni y Fede —exclamaron, dejando patente su admiración y cariño.

—¡Vivan! —replicaron los demás.

Y el Café del Mar, aunque no pudiera expresarlo con palabras, se sintió reconfortado, pues ninguno de los presentes había dudado, aunque fuera por espacio de un segundo, de que era el único escenario posible para dar cabida a aquel homenaje.

Capítulo veintiséis

Año 1962



Había perdido la cuenta de las pequeñas poblaciones de los alrededores de Barcelona que había visitado. De los apartamentos a los que había echado un vistazo. De las cafeterías en las que había pasado algún rato que otro.

Todos ellos candidatos, y sin embargo, fue bajarse del coche nada más llegar a Sitges y notar la emoción del presentimiento, la vibración en cada célula, la certeza de que ahí sí.

La luz, la brisa del mar, la tranquilidad de una población reducida aunque dinámica. Las posibilidades en esa década en la que, aunque a pasos tímidos, parecía que el país empezaba a andar en otra dirección.

Visitó también un par de inmuebles. Se enamoró perdidamente de una casa antigua, de techos altos y paredes encaladas, cuya terraza le pareció digna de albergar un vergel. Llegó incluso a un preacuerdo con el propietario para comprarla.

Y sin embargo, lo que causó que estuviese completamente seguro de que era ahí donde quería echar raíces, fijar su residencia aunque tuviera que desplazarse a la ciudad de forma continua por motivos variados, fue el Café del Mar.

Nada más distinguirlo a lo lejos mientras paseaba por la avenida de la playa, sintió que el corazón le latía más deprisa, y cuando se adentró en él por primera vez, lo abrumó la belleza de los acabados, el estilo arquitectónico de principios de siglo, la calma, el olor a buen café, el murmullo sosegado y alegre de las conversaciones, las

butacas, cómodas a simple vista, ideales para reconfortantes sesiones de lectura…

Entonces, le vio.

Estaba al fondo, tras el mostrador. Su porte, que a él le pareció de galán de Hollywood. La seguridad con la que sacaba a relucir sus dotes de mando. El trato amable. Y la mirada. Oh, qué mirada cuando se dirigió a él:

—Buenos días. Siéntese, que ya lo atienden. ¡Niño, tómale nota al caballero!

Él estaba tan atareado que no recordaría aquel primer encuentro. De hecho, para cuando interactuaron de verdad, varias semanas después, Fede ya se había dejado caer un par de ocasiones por el Café del Mar.

Y es que desde el primerísimo instante en que le contempló, supo que aunque nunca se había atrevido a plasmar los versos que llevaba dentro, podría pasarse la vida entera escribiendo con el alma, el corazón y el cuerpo poemas y sonatas sobre él.

Sobre Antoni. El de los ojos verdes que te quiero verde.

Verde como la fresca hierba. Verde como el mar durante la tormenta.

Verdes.

Como la esperanza.

Epílogo



El viento soplaba con fuerza en el Upper Manhattan. Antoni, arrebujado en su abrigo, no dejaba de mirar con asombro hacia lo alto. Hacia los lados, al suelo también.

Desde que atracaron en la costa neoyorquina y pasaron los controles de inmigración, se dejaba llevar. Por Fede, que se manejaba con gracia en inglés aunque en aquella ciudad descomunal la mitad de la gente hablase en la lengua de Cervantes con una gama amplia y exótica de acentos; por lo que les iba dictando la curiosidad, pues vagaban por las calles sin rumbo fijo, queriendo verlo todo aunque para ello hiciese falta, como mínimo, un curso académico entero.

—¡Mira qué preciosidad! —exclamó Fede.

Antoni se quedó mirando, con extrañeza, uno de esos carteles que indicaban que estaban en la calle 112 con Amsterdam Avenue, no excesivamente lejos de la linde norte de Central Park. Sin embargo, lo que había llamado la atención de su acompañante no era un edificio de arquitectura singular o un monumento, sino una cafetería.

—¿Necesitas que paremos otra vez?

—Las musas son caprichosas —se excusó.

Antoni cedió. Lo cierto era que le dolían las rodillas de tanto andar, y las temperaturas, alentadas por la humedad del océano, estaban bajando en picado pese a que aún era temprano. Así que

accedieron al local, donde servían café aguado y a precio de oro —o eso creía, porque no terminaba de pillar la equivalencia entre dólares y pesetas—, idéntico a tantos otros, pero poseedor de unos espectaculares ventanales desde los que podían ver la vida pasar.

Así que allí se sentaron, con dos vasos de papel de contenido humeante, tan oscuro como la piel de muchos de los que andaban con prisas por aquella urbe.

—¿Qué escribes? —preguntó Antoni.

—A quién le escribo, mejor dicho. —Fede, deslizando con rapidez la pluma sobre una página en blanco, respondió—: Observo, anoto, dejo a mi voz cantar.

—Como el más grande —se la devolvió Antoni.

Fede esbozó una sonrisa, y dejó de plasmar ideas y versos, de atreverse a hacer bocetos y demás anotaciones, para dedicarle una mirada y una sonrisa.

—Querido, el más grande eres tú.

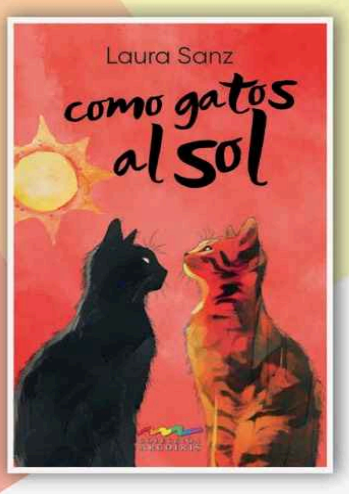
La cafetería, llena de barullo, de estudiantes que entraban y salían, del rumor de los cláxones de taxis y coches, del eco de las sirenas de policía que se perdían hacia los rascacielos, de los cientos de idiomas que ahí se hablaban, de los sueños rotos y los cumplidos, los acogió. Cómplice, como un cineasta independiente que quería triunfar en la ciudad que nunca dormía, fue cerrando el plano sobre ellos.

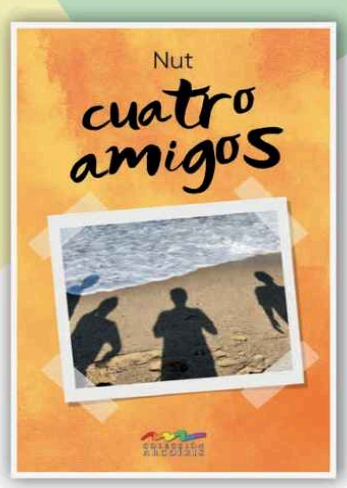
Sobre las manos unidas de aquellos dos señores anónimos entre la marea humana, pero cuyo amor era tan grande que hasta Federico, de haberse topado con ellos de camino a su cercana universidad de Columbia, les habría dedicado un poema.

Acerca de la autora

Nisa Arce, escritora de novela romántica LGBT, se define como autora de historias de amor y diversidad. Con diecisiete novelas publicadas, varias de ellas adaptadas a audiolibros, dio sus primeros pasos en el mundo de la literatura gracias a las posibilidades que le daba internet. Emprendedora desde 2023, ha encontrado en la autopublicación y el trato directo con lectoras y lectores sus principales vehículos de expresión. Entre sus obras más populares está la saga *Las reglas del juego*, la (aún) bilogía *Duelo en las Highlands* y *Promesa en las Highlands* o *El puesto ambulante de Tokio*.

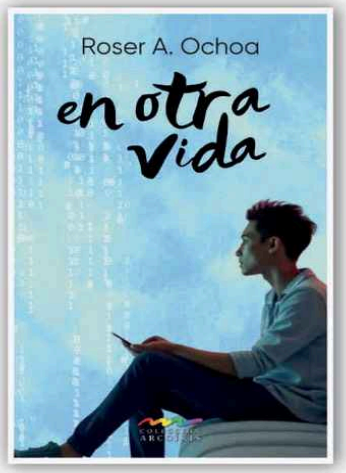


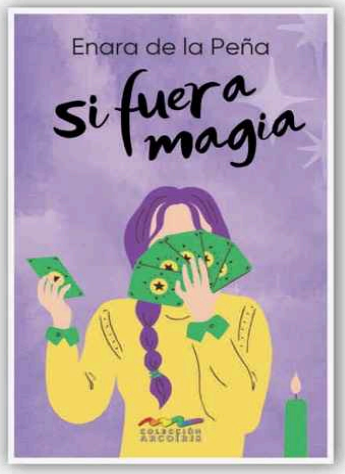












COLECCIÓN
ARCOÍRIS